

Raymund Andrea

LA TÉCNICA DEL DISCÍPULO

The technique of the disciple

(1935)



BIBLIOTECA UPASIKA

www.upasika.com

Colección “Rosae Crucis” N° 7

ÍNDICE

Introducción, *página 3.*

Capítulo I – Los Primeros Pasos del Neófito en el Sendero, *página 4.*

Capítulo II – La Prueba Inicial, *página 8.*

Capítulo III – El Neófito y el Servicio, *página 12.*

Capítulo IV – El Neófito y la Iniciativa, *página 16.*

Capítulo V – La Voluntad del Neófito, *página 21.*

Capítulo VI – Las Exigencias del Estado de Discípulo (1), *página 25.*

Capítulo VII – Las Exigencias del Estado de Discípulo (2), *página 30.*

Capítulo VIII – Las Exigencias del Estado de Discípulo (3), *página 35.*

Capítulo IX – Estructura Orgánica de la Técnica, *página 40.*

Capítulo X – El Discípulo en Acción, *página 47.*

Capítulo XI – La Prueba de Fuego, *página 52.*

INTRODUCCION

En mi obra *La técnica del Maestro* puse de relieve algunos principios fundamentales de pensamiento y acción, así como el método de disciplina esotérica, que parece que caracterizan al Maestro durante todo el período en que prepara a un discípulo. Estos principios y esta disciplina constituyen la base indispensable sobre la que un discípulo debe elaborar, durante toda su evolución progresiva, una amplia técnica, con el fin de llegar a ser un gran iniciado. He intentado tratar este tema desde el punto de vista del Maestro Parto de la base de que los lectores ya saben que los Maestros, como seres vivos que son, viven tanto en el plano material como el plano cósmico, que conocen perfectamente las actividades de la Orden Rosacruz, a la que pertenecen los Rosacruces, y que alientan a algunos iniciados avanzados a que continúen sus actividades.

Ni que decir tiene que, para los que no reconocen la existencia de tales Maestros, la técnica del Maestro y de su discípulo tiene muy poco significado. El Rosacruzismo, en su aspecto esotérico, se fundamenta en la armonización cósmica, en una sintonía personal con las fuerzas cósmicas gracias a las cuales un discípulo descubre el estado de supraconsciencia. La técnica rosacruz tiene sus raíces en el reino supraconsciente. Sus leyes y principios deben emanar, por tanto, de técnicos competentes y familiarizados con este reino. Afirmamos que existe una Jerarquía Rosacruz, una rama de la Gran Logia Blanca, formada por Maestros con delegación especial para elaborar las leyes y principios inherentes a esta técnica.

En su aspecto exterior, la Orden Rosacruz es una organización que propone una enseñanza metódica y eminentemente práctica, cuya utilidad está reconocida en todo el mundo; en su interior se trata de una organización profundamente mística y esotérica. Es precisamente en este último aspecto donde se encuentra la fuerza operativa que da su dirección y su solidez a las múltiples acciones prácticas de la vida cotidiana. Es en este punto también donde la técnica actúa silenciosamente por unos caminos determinados e influye, plenamente consciente y con una comprensión perfecta, sobre los que han entrado en la Orden Rosacruz y trabajan en ella. Sin esta técnica que, en el silencio y la comprensión, actúa en ya través de la organización exterior, bajo el impulso de la Fraternidad interior, el aspecto místico y esotérico de la Orden dejaría de existir y la técnica, que necesita este aspecto esotérico y místico para que se pueda aplicar, se convertiría en un bien aislado e insólito en manos de los que la tienen.

En esta obra he pretendido tratar el tema desde el punto de vista del neófito que pretende iniciar sus estudios y sólo tiene un ligero conocimiento del camino que se abre ante sus pies, o no sabe muy bien el efecto que su nueva salida a la vida tendrá en sí mismo y en su entorno. No es trabajo fácil; pero me propongo escribir partiendo de mi propia experiencia en el sendero y llevar conmigo, etapa tras etapa, al joven aspirante, hasta que la luz y el conocimiento disipen sus dudas y sus incertidumbres y sienta cómo se revela la técnica en su mente y en su alma y se expresa con habilidad entre sus manos en el único gran servicio al que nos hemos consagrado: el servicio del Maestro.

Capítulo I

Los primeros pasos del neófito en el sendero

Un Maestro dice a su discípulo: Tienes que recordar que estás en una escuela dura y que, en lo sucesivo, tendrás que enfrentarte a un mundo completamente distinto al tuyo. No hay mejor consejo para un neófito que empieza sus estudios. Es una advertencia y un estímulo. Se le invita a recordar que comienza un aprendizaje en el que tendrá que dar una dirección y unos fines nuevos a sus ideas y acciones. Toma un sendero completamente diferente al terrenal que ha pisado hasta el momento y debe estar listo para adaptarse a unos principios nuevos, quizá algo difíciles de aceptar al comienzo, porque algunos se oponen a unas creencias ya unas opiniones personales muy arraigadas.

Pero el hecho de recurrir a la enseñanza de Maestros que conocen por experiencia el sendero que se pretende iniciar es un gran estímulo.

Ellos conocen las difíciles etapas. Donde él vacile, ellos tienen una confianza absoluta y podrán animarlo. Esta advertencia recuerda la impresión que teníamos en el colegio cuando se nos advertían las dificultades que nos esperaban cuando pasásemos del colegio al instituto y se nos animaba a perseverar. En realidad, entrábamos en un mundo completamente distinto y los primeros pasos eran difíciles. Llegar allí era algo completamente natural: era necesario para alcanzar la madurez intelectual.

Pero, para el neófito, entrar en el camino es una decisión personal. Él decide pasar de la madurez intelectual a la realización psíquica y espiritual. Puede hacerlo con tanta despreocupación como si cambiara de clase, en cuyo caso el consejo se convertiría en una advertencia, mientras que sería además un estímulo para el que busca su camino con el firme propósito de sacar el mayor provecho de la magnífica oportunidad que se le ofrece de adquirir una cultura sólida y útil. Cualquiera que sea la suerte del primer tipo de neófito, el segundo encontrará en sí mismo la paciencia y la perseverancia que le exigirá una escuela más alta.

El primer paso en el sendero constituye un inicio nuevo en la vida, en cierto sentido, la encrucijada de los caminos. Si el neófito lo considera sólo como un nuevo centro de interés, atractivo porque la han seguido otros, esta predisposición podrá hacer que abandone pronto. No se puede considerar esto un pasatiempo como otro cualquiera, sin un objetivo claro que alcanzar. El neófito sólo puede avanzar con su propia fuerza innata. Al principio no se le pedirá que tenga una fuerza extraordinaria, pero necesitará valor e iniciativa para utilizar la que tiene. Sus estudios le harán ver en poco tiempo la magnitud de su fuerza. Si quiere progresar, la utilizará con confianza para cultivar su alma y descubrirá que ésta lo desarrolla y de prepara para los grados superiores.

Lo primero que tiene que comprender el neófito es que sus estudios le introducirán en un mundo distinto al que conoce. Por no reconocer este hecho, más de un neófito ha tenido que rechazar por impaciencia el conocimiento y la disciplina que más necesitaba. Si los estudios que se le proponen tuviesen como único fin la enseñanza más profunda de una

clase superior, serían una institución inútil. Pero no es así. Comprenden toda una enseñanza científica probada y una instrucción técnica concebida para orientar la atención del neófito hacia su ser interno, su constitución compleja y sus posibilidades innatas como ser espiritual y psíquico; exploran necesariamente los caminos de los procesos mentales, superando en promesas todo lo que él conoce y acepta en la vida cotidiana. Observaréis que, cuanto más esté adaptado y de acuerdo con lo que constituyen los criterios mundanos del conocimiento y de la realización, mayores dificultades experimentará desde su primer contacto con la nueva escala de valores que estos estudios le descubrirán.

El neófito debe convencerse de que los estudios que aborda son la llave de un mundo nuevo de progreso. Poco importan sus afinidades con las normas reconocidas en el campo del pensamiento o de la acción, o sus actividades en cualquier campo: está encerrado en las fronteras relativamente limitadas de estas afinidades y no puede ampliar sus actividades más allá de estas fronteras hasta que no se preocupe conscientemente de lo que concierne a su alma, de lo que está latente en él pero lo ignora y permanece en un segundo plano de sus actividades.

Allí le espera un nuevo mundo de pensamiento, emoción y acción que sólo se puede captar si relega a un segundo plano sus tan conocidas pautas de expresión y espera que su alma le revele las facultades superiores que, con el tiempo, aumentarán todo su horizonte mental.

El neófito puede estudiar literatura, artes, ciencias; todos los cánones reconocidos en su campo de estudio pueden resultarle familiares, ocupar la mayor parte de su mente y permitirle actuar adecuadamente para su propio placer y en beneficio de los demás. A pesar de todo, gracias a su entrenamiento en el sendero, descubrirá que puede conferir una dimensión nueva a todas sus acciones con un suplemento de poder e influencia. El arte puede resultar más expresivo, manifestarse bajo formas más bellas y divinas, la literatura se puede convertir en el sublime espectáculo de la biografía del alma, cargado de significados secretos y límites inimaginables, y la ciencia, en lugar de ser una triste acumulación de datos irreconciliables, puede descubrir un camino luminoso que permita entrar en contacto con unas fuerzas invisibles y mágicas.

Esto es una verdad maravillosa sobre la que el neófito debe meditar antes de empezar.

Los signos precursores de una progresión excepcional en el camino pueden descender silenciosamente hacia su consciencia como una visión celeste. Debe aferrarse a ellos con firmeza y estar decidido a demostrar sus posibilidades. Todo lo que pueda poseer, todo lo que tenga para él un valor, puede ser recreado, aclarado, orientado en una visión espiritual y transformarse en belleza pura a la luz del alma. Nada que tenga valor de lo que lleve con él en el sendero le será retirado: no tendrá que renunciar a ningún ideal por el que haya luchado ni a ninguna obra que haya seguido durante años.

Estos logros mentales constituyen su fuerza real y forjará su camino apoyándose en ellos. Entonces, por primera vez, tendrá que comprender y evaluar con precisión todas sus adquisiciones mentales y espirituales; la comprensión de las leyes de la transmutación debe permitir, en buena lógica, que se eleven a un servicio mayor y que se utilicen mejor.

Es interesante preguntarse qué empuja al neófito a dirigirse hacia el sendero y a iniciar estos estudios. Muchos responderán que no es más que el deseo de una evolución espiritual. Esto no sucede así en un buen número de casos. Muchos neófitos no tienen este

objetivo. Lo demuestra definitivamente una observación atenta de la vida de algunos neófitos, de su trabajo posterior y de su progresión. Si todos los neófitos que emprenden el sendero sólo buscasen la evolución espiritual, el mundo perdería, probablemente, en poco tiempo, algunos de los trabajadores y pioneros más prometedores y competentes en actividades prácticas.

Esto puede parecer, a primera vista, una afirmación gratuita. Pero la experiencia es más fuerte que el prejuicio. Más de un neófito -y dense cuenta de que el neófito no tiene que ser joven necesariamente, sino que puede ser ya menudo es de edad madura- inicia unos estudios ocultos y místicos con el único fin de mejorar su profesión o actividad uniéndola de una forma más íntima y más firme a las fuentes secretas de la fuerza y la revelación que estos estudios descubren. Este fin es sabio y está perfectamente justificado y, si fuesen más los que tienen esta misma meta en las filas del ocultismo, el mundo no dejaría de enriquecerse con su presencia. El fin se justifica así: este neófito descubrirá que las creaciones artísticas y los descubrimientos científicos nacen en la consciencia de hombres excepcionales y son el fruto de una inspiración elevada.

Esta superioridad atrae al neófito y lo consagra, de por vida, a estos seres superiores. y si alguna vez espera imitarlos, o incluso comprender correctamente su obra, deberá acercarse a ellos a partir de un nivel que trascienda el del plano cotidiano.

Estos creadores trabajan desde el mundo de las fuerzas místicas y ocultas, tanto si lo conocen y reconocen como si no, y es hacia este plano hacia el que se debe dirigir el neófito para comprenderlos y valorarlos por completo. Las cosas más bellas de la vida se aprenden en una escuela dura en la que las leyes son completamente distintas de las que están en vigor en la escuela del mundo. Estas leyes están esperando a que el neófito las descubra y las ponga en práctica en los estudios del camino y él tiene tantas buenas razones, en el momento de la evolución en que se encuentra, para buscar su ayuda para convertirse en un gran artista, un sabio o un profesional, como para dedicarse a la investigación mística y espiritual más elevada y a su demostración.

He conocido, en varios terrenos, estudiantes inteligentes que han visto ampliada y transformada toda la concepción y la manera de entender la verdad y los principios propios de su oficio, gracias a un periodo de entrenamiento místico. Esta disciplina les parecía extraña y, al principio, creían que iba a dar pocos resultados; pero su entusiasmo y su seriedad, así como su deseo de ser útiles en este mundo, les permitió superar rápidamente las dificultades iniciales. El alma empezó a despertar a sus posibilidades y pronto se extendió por toda su vida un flujo de energía procedente de una consciencia expandida. No hay nada misterioso en este proceso. Es tan natural como el nacimiento de una flor.

El neófito empieza el trabajo, con curiosidad por saber dónde lo llevará y, al poco tiempo, se encuentra con que se siente en un terreno raramente familiar. La semilla se ha sembrado en una vida anterior y, en contacto con otros estudiantes serios que siguen estos estudios, las fuertes vibraciones de sus esfuerzos conjugados, que trabajan silenciosamente en su vida, y su pensamiento hacen tanto como su propio trabajo, acelerando su desarrollo latente y dándole una sensación de seguridad como elemento del grupo al que pertenece.

Es un factor que debe mantener firmemente en el espíritu. Aunque las primeras etapas de su estudio hayan podido enfrentarlo a unos principios extraños a su modo de pensar, la progresión del neófito no se debe sólo a su fuerza. Se une directamente a otros que están en el sendero y llega a sentir cada vez más la influencia que estos estudiantes

ejercen sobre él. La ley de atracción mental viene inmediatamente en su ayuda y la armonización con todos los que trabajan para alcanzar un mismo fin aumenta sus fuerzas y le demuestra el gran valor de la evolución en común como garantía para una progresión futura. De este modo, encuentra su lugar en el camino y los que supervisan su instrucción velarán para que reciban estímulos y ayuda en proporción a sus necesidades.

Capítulo II

La prueba inicial

Cualquiera que sea la razón concreta que atrae al neófito a la disciplina del sendero, su objetivo real debe ser servir. Su meta puede ser adquirir nuevas aptitudes creadoras y una mayor influencia en su profesión o en otras actividades o, quizás, como ya se ha dicho, de carácter puramente místico y oculto; pero, en cualquier caso, es seguro que sedesarrollará su facultad para el servicio y, bien entendido, un servicio universal, cualquiera que sea, deberá venir a influir en su búsqueda en el sendero.

Sabemos que algunos comienzan el estudio del ocultismo sólo por curiosidad, abandonándolo normalmente al poco tiempo. A éstos no va dirigido mi trabajo. Pienso, sobre todo, en el neófito que cree que tiene unos poderes y aptitudes ocultos y que ha decidido despertar su ser interno dormido y seguir las huellas de los grandes maestros que están a la vanguardia de la evolución. Nada satisfará tanto las aspiraciones del alma que conoce la complejidad de la vida moderna, el desafío imperioso y las oportunidades únicas que nos impone la evolución, así como la necesidad intensa que tienen los hombres capaces de hacerles frente y sacarles partido.

El neófito que reconozca esta necesidad se considerará un voluntario para una vida de disciplina cuya meta es prepararse para el servicio.

En la etapa preliminar a esta disciplina tendrá que cultivar la receptividad de su yo personal ante el alma que, al final, debe dominar todas sus actividades. El neófito tratará de quitar la importancia que ha dado plenamente al ser objetivo, para centrarla en esta entidad inspiradora que impondrá progresivamente su autoridad y le hará alcanzar nuevos campos de consciencia, desarrollando su sensibilidad hasta gamas de vibraciones desconocidas hasta el momento. Ahí está en realidad todo el problema: la concentración de la atención en el yo interior y la expresión de sus facultades mediante el servicio, que es algo completamente distinto de la importancia relativamente egoísta que se ha dado hasta ahora al ser personal objetivo.

En este momento el neófito no se debe dejar abrumar por las palabras. Si, por sus estudios anteriores, ha llegado a considerarse como un alma y un cuerpo, un ego y una personalidad, o como el maestro interior y sus vehículos de expresión, el problema es el mismo. El fuego divino está en el interior, actúa y vibra a través de su propio vehículo sutil, y el ser mortal pretende, mediante cualquier experiencia y disciplina que se ha impuesto a sí mismo, descubrir la gloria oculta para que pueda brillar e iluminar el templo. La ascensión consciente desde el plano objetivo hasta el del ser divino es el sendero de la disciplina que el voluntario decide tomar para prepararse para el servicio, que es el primer paso en la evolución del hombre superior.

Esta debería ser la meta del neófito; pero, aunque todos los neófitos la reconozcan, son, como en otros campos, muy diferentes: algunos se asegurarán rápida y conscientemente una visión clara de la obra a realizar y harán este progreso que obliga al

reconocimiento; otros, que merecen ser admitidos, deberán reflexionar a cada paso y avanzarán con la inquietud de la duda y con una seguridad imperfecta. Los menos siguen el sendero con atrevimiento y un sentimiento de intimidad, teniendo su meta clara en la mente. Otros lo siguen con incertidumbre porque están en un terreno desconocido.

Esta clara diferencia entre los distintos neófitos es de gran importancia para los que supervisan su trabajo y progresión. Esta discriminación no debe desviar o desanimar a los que son nuevos en el sendero, sino, sobre todo, darles ánimos para que realicen el esfuerzo necesario para aprovechar esta inmensa oportunidad. Pero el avance rápido de unos cuantos más allá de las etapas preliminares de la disciplina es una buena señal que revela el despliegue rápido de sus facultades latentes para el ocultismo. Entre éstos esperamos descubrir a los que el Maestro se refería cuando decía: “Siempre encontraremos voluntarios para relevar a los centinelas cansados”.

Por eso, una poderosa organización oculta es la institución más maravillosa y rica en promesas del mundo de hoy, aventajando claramente, tanto en realidad como en su técnica, a las distintas universidades.

En ella es donde debemos buscar la flor de nuestra presente humanidad. Hay almas que, después de atravesar el fuego de una experiencia crucial, conocen las fuertes vibraciones de la vida de las que ahora se mantienen al margen, no porque hayan renunciado a ella, sino porque la entienden y pueden imponerle su voluntad; encuentran la paz y la inspiración en el silencio del alma, de donde sacan una fuerza secreta, por deber y responsabilidad y no por simple satisfacción personal, y las convierten en múltiples formas de servicio.

Estas almas realizan su servicio con una cooperación seria y vigilante y junto a ellas el neófito está seguro de recibir una respuesta rápida.

La sensación de estar destinados, en un futuro próximo, quizá en esta encarnación, a formar parte de estos maestros y de poder hacer valer una técnica elaborada en la vida de nuevos neófitos debería bastar para inspirar a los pocos que están llenos de promesas, si no es a los demás también, el firme propósito y la ponderación necesaria para continuar sus estudios, con una seriedad excepcional y un sentido acrecentado de sus responsabilidades, tanto con ellos mismos como con sus condiscípulos.

Cuando está en este estado en el que empieza a descubrir que su alma se despierta contemplando el vasto panorama de lo que tiene que hacer, el neófito debe imponerse cierta moderación para favorecer su ardiente aspiración hacia el progreso. Normalmente, el fanatismo se manifiesta bajo una forma u otra. Al tomar posesión de lo que le corresponde en el sendero, todo pide una nueva evaluación en la economía de la vida. El neófito se siente algo desfasado con las realidades tal como son. Debe adaptarse a numerosas y sutiles modificaciones interiores.

La expresión de la vida en la personalidad no quiere verse desviada de su curso habitual. La psicología nos lo explica. La actividad mental y el tiempo han configurado la mente y modelado la textura del cerebro y del cuerpo para poder responder a las exigencias del entorno. El desarrollo de la armonización con el alma sólo puede tener un resultado. El ritmo antiguo debe dejar sitio al nuevo; cuanto más rápidas sean la armonización y la fuerza liberada, así como el conocimiento del crecimiento latente en el campo de la consciencia, se necesitará más atención y flexibilidad para adaptarse a la vida personal.

Muchos neófitos tendrán que pasar una prueba dura en esta etapa.

Piden el progreso y lo imponen e inmediatamente la ley de la atracción los lleva al centro del campo de batalla, en el que se ven enfrentados a una multitud de influencias contrarias. Algunos reconocen inmediatamente la situación y la aceptan bien, otros se muestran débiles y piden que los liberen de lo que ellos han invocado con sus propios esfuerzos; pero ahí es donde está la prueba. El hombre saldrá bien de la situación a pesar de todas las circunstancias que le pondrán la zancadilla. Sabe que esta revolución de su vida personal es precisamente la apuesta y él arriesga todo para dominarla. Sabe que no puede alcanzar el nivel superior de consciencia sin hacer frente a las exigencias de la ascensión. Hasta las clases superiores tienen un profesor nuevo, un programa duro y sanciones más severas; pero dan forma a la juventud de una humanidad capacitada. Ocurre lo mismo a lo largo de toda la vida.

Las grandes conquistas no se hacen en las mismas condiciones que las pequeñas. Sin embargo esto es lo que espera la mayoría de los estudiantes. Tienen que aprender que los débiles estímulos que les han permitido asimilar el alfabeto no les sirven para las matemáticas de la vida. Confieso que algunas veces, viendo a un neófito luchando con las dificultades iniciales que conlleva la recuperación rápida de una facultad latente estimulada por una exigencia decidida de progreso, he llegado a dudar por un momento de la conveniencia, pero no de la sabiduría, de darle un pequeño empujón. Esta reflexión surge de la memoria indeleble de nuestras propias experiencias y de la preocupación por saber si un neófito tendrá la fuerza necesaria para enfrentarse a lo que le espera.

Hasta ese momento, se comprendía con facilidad: estaba en paz consigo mismo. Conocía su fuerza, pues ningún elemento desconocido la había sometido a prueba. Unas miras estrechas dirigidas hacia unas metas personales se satisfacen por sí mismas, se bastan por sí mismas y no admiten ninguna ingerencia y, cuando por los propios esfuerzos del neófito se retiran brutalmente las estrechas barreras que lo sostienen, sufre a menudo una experiencia humillante. No siempre acepta de buen grado perder sus ilusiones. Sin embargo, esto es lo que pretende su disciplina. Enseña una verdadera consciencia de uno mismo que lleva a una armonización con las fuerzas superiores y, a partir de este momento, la vida personal debe adaptarse lo mejor posible a los poderes que revelan gradualmente a la consciencia lo que es el hombre espiritual.

El neófito nunca puede esperar conocerse hasta que su fuerza no haya sido completamente probada y evaluada. Mejor para él si el pasado le ha permitido cumplir sus aspiraciones, conocer la lucha y el sufrimiento en el plano personal, porque un espíritu débil y asustado, mimado en el regazo agradable de los placeres de la vida, sin experiencia en las virtudes cardinales de la paciencia y la compasión y que ignora los conflictos beneficiosos que hacen que se mida con las fuerzas contrarias, tendrá mucho que superar y construir en esta personalidad que ahora tiene que desarrollar con esfuerzo. Esta es la crisis que separa rápidamente a los distintos tipos de neófitos. Digamos una vez más que no hay ninguna razón para desanimarse cuando se despierta a la verdad de las cosas. Se debe producir este despertar. ¿Por qué no dejar que se manifieste ahora aprovechando la oportunidad que nos brinda? El neófito, si está preparado y puede soportar manifestarse tal como es, no se agobiara cuando el karma del pasado se proyecte en el presente bajo múltiples y misteriosas formas y desafíe a su iniciativa y valor para llegar a la meta.

Hay que decir unas palabras sobre el tipo de neófito que deja escapar la gran ocasión. Realmente existe y se le conoce bien. A menudo uno se pregunta cómo ha podido aventurarse en un sendero nuevo de la vida. Lo que pasa es que está aferrado a su pasado. En ningún caso se debe romper, en nombre de la libertad intelectual y la orientación espiritual, ni el más pequeño de los hilos de esa dulce esclavitud que lo une a lo que sabe y puede hacer. Ninguna seguridad ni promesa puede dar a este tipo de hombre el instinto del águila. Lo he visto abandonar un estudio oculto preliminar como si le hubiera picado un escorpión. La causa fundamental es el miedo al futuro, que estrangula la vida verdadera, la desvía de toda progresión y de toda gran obra y esclaviza a un hombre hasta el final de su vida. Otros están dispuestos a ayudarlo, comprendiendo perfectamente, gracias a su conocimiento y a su experiencia, el problema que lo asalta y lo retiene, pero no pueden hacer nada. No pueden poner a nadie en el sendero, lo mismo que tampoco tratarán de forzarlo. La ley actúa aquí quizás con mayor rigor que en cualquier otro aspecto de la vida. Para atravesar el reino del alma, el neófito debe abandonar, por decisión propia, la morada de la personalidad. Mientras no esté preparado para tomar esta decisión, estará más seguro allá donde se encuentre en su encarnación actual.

Capítulo III

El neófito y el servicio

Si se ha dicho que la disciplina del sendero es una “escuela dura” es, sobre todo, porque los móviles ordinarios de acción están invertidos y reciben una dirección más impersonal. El neófito debe pensar tanto en los demás como en sí mismo. Le resulta difícil comprometerse en cuerpo y alma a servir desde el momento en que se consagra a su propia evolución. Esto no afecta sólo al neófito, sino que, a menudo, también tiene que ver con los que han avanzado durante mucho tiempo en el sendero. Cuando se les sugiere que ejerzan su influencia en otras vidas, que piensen en ellas con sabiduría y hagan que se beneficien de su conocimiento, no ven ninguna relación entre su propio desarrollo y el interés que prestan al de los demás.

Creo que esto se debe, en gran parte, al hecho de que, sabiendo que los Maestros están considerados como servidores de los hombres, se imaginan que no se les aplicará la ley del servicio hasta que hayan progresado lo suficiente en el sendero. Apenas se les puede reprender porque numerosas escuelas y sistemas de enseñanza esotérica no hacen hincapié en la importancia del servicio, sino que se concentran casi exclusivamente en métodos de desarrollo o de satisfacción propia, con el único objetivo del poder personal.

Este objetivo es, hasta cierto punto, admisible. El hecho de situarse sólo en el plano material es igualmente legítimo y no se debe criticar. Se puede progresar en el campo oculto sin preocuparse por servir a los demás, pero sólo dentro de unos límites muy estrechos. En la progresión de un hombre que tenga algo de valor llega un momento en el que este recorrido limitado resulta poco satisfactorio.

El desarrollo psíquico es perfectamente compatible con una actitud egoísta hacia la vida y, en algunos casos, ha llegado lo suficientemente lejos como para alcanzar los límites de la magia negra. La prensa contemporánea ha proporcionado varios ejemplos publicando casos auténticos, llegando algunos a la práctica satánica de la extorsión de fondos y bienes por influencia hipnótica sobre personas débiles de espíritu. En estas condiciones es imposible el desarrollo del alma. Estudiad bien los dos senderos. Están muy cerca el uno del otro, hasta el punto crítico en que se separan para siempre. Entonces es cuando se ve que el verdadero sendero queda reducido al camino estrecho y escabroso del servicio.

¿Por qué tiene que aprender el neófito a servir? Porque el Maestro que aspira a conocer ha alcanzado la perfección en el servicio y no puede tener una asociación íntima con él en el trabajo terrenal hasta que el neófito no haya aprendido, tras una larga prueba, a servir igualmente y a servir con eficacia. Sin embargo, el servicio no tiene que ser necesariamente oculto. Esto se corrobora con la alusión del Maestro cuando dice: “Entonces ¡Qué mejor motivo de recompensa, qué mejor disciplina que el cumplimiento del deber de cada día y en cada instante!”.

Esto caracteriza la enseñanza del Maestro. Él remite al neófito a los primeros principios, al lugar donde se encuentra ahora, y le ordena que sea eficaz en este lugar. Esto

no es muy atractivo para el neófito. Al principio, busca cualquier cosa importante, que sea distinta de la actividad del hombre medio, aunque sólo sea para pasar por una personalidad importante. ¡Qué típica de esta era es esta actitud de espíritu, tanto en ocultismo como en otros dominios! Merece las severas críticas que normalmente se le hacen. Nuestros antepasados de espíritu noble (sólo hay una generación) no estaban invadidos por este espíritu provinciano hasta el punto en que se da en nuestros días. Y, remontándonos aún más en el tiempo, los Maestros que pertenecen, para mí, a una humanidad antigua y clásica, y para los que las máscaras, la farsa y los triunfos de nuestra época no tienen ningún valor, siguen siendo un ejemplo inspirador de realidad, de permanencia y de recogimiento que hacen indignos de atención nuestras mezquinas ambiciones y nuestro afán por aparentar.

No es extraño que el Maestro deba esperar, incluso durante muchas encarnaciones, a que despertemos de este sueño de los sentidos. No es extraño que el neófito se vea obligado a abrir los ojos, precisamente allí donde se encuentra, ya sacudir el sueño hipnótico de la irrealidad y de los falsos valores que pesan sobre él. Yo creo que nuestro afecto por el Maestro aumenta considerablemente cuando nos damos cuenta, cada vez más, de la paciencia infinita que tiene con los niños del sendero durante este proceso de despertar. Sólo puede ser una paciencia basada en una sabiduría suprema y una compasión perfecta. No podría ser de otra forma.

En algunas ocasiones los neófitos tienen esta manera de ver las cosas que les hace codiciar el poder sobre sus semejantes. Su meta en este estudio está en alcanzar fama de personas nobles. Esta actitud destruye en el alma toda posibilidad de conseguir algo real. Es un territorio prohibido y el hombre que lo pisa se pierde muy pronto en las ciénagas de la ilusión. Tiene una larga ruta que seguir antes de poder esperar dominar las almas de los hombres. Pero, cuando él puede realmente hacerlo en el sendero, el sentido de la dominación pierde sus atributos clásicos.

Él le da otro nombre: influencia sobre los demás, por haberse dedicado a su servicio. Entonces tendrá tanta prudencia al imponer esta supremacía a los demás como al abandonar su propia personalidad a las influencias externas.

El neófito puede dominar a los demás todo lo que quiera, en el plano físico y mental, si está entrenado para este fin, pero no en el plano espiritual. Para ello necesita una fuerza más grande y más pura que sólo obtendrá si la voz censora de la superioridad personal ha quedado reducida al silencio por la prueba. Mientras ésta se haga oír, el neófito quedará en el plano mental y su servicio estará viciado porque saldrá de este plano. Este servicio estará completamente inspirado por el interés personal y pasará a los demás tal como es.

El servicio en el sendero es realmente así porque se quiere y se debe servir. Si este ideal supone la eliminación de muchas cosas, no es el ideal lo que es malo, sino la idea que se hace el neófito del trabajo que le espera- Existe un aspecto de la vida en el sendero que es en todos los puntos idéntico al que prevalece en el mundo: hay un precio para cada cosa que tiene un valor. Es bastante curioso que muchas personas piensen que esta ley no tiene lugar en el ocultismo; pero la ley es más exigente aquí que en ningún otro lugar.

El sendero oculto es individual y cada una de sus etapas debe estar tallada por la propia mano del neófito y pisada por su propio pie. No es una ley arbitraria, establecida por sus maestros. Es una condición inmutable en la esfera de los Maestros: para recibir, hay que dar. Esta condición es dura y mortificante para una personalidad a la que le gusta afrontar la

vida por sí misma pero, puesto que no hay otro medio para conseguir la mínima parte de un verdadero conocimiento de uno mismo y alcanzar, por lo menos, las iniciaciones menores del sendero, el neófito debe considerar el servicio como sinónimo de desarrollo. Para el Maestro, el desarrollo es servicio y el servicio significa un avance rápido en la comprensión de la técnica del sendero.

El servicio del neófito no tiene por fuerza un carácter oculto. Se podría decir que no lo tiene en el caso del hombre evolucionado. Detengámonos por un momento en esta afirmación. Aquí se aplica el comentario de San Pablo sobre la diversidad de los dones. El reconocimiento, en su totalidad, de sus dones innatos determinará la misión que tendrá que cumplir el neófito en la vida. Pueden pasar años, en las distintas esferas, antes de que se reconozcan estos dones. Y uno de los resultados más notables del servicio es el poder particular de su técnica que hace entrar al neófito en la esfera del alma y revela unas facultades desconocidas hasta el momento, o conocidas solamente de un modo vago, y manifestadas sólo en parte. El proceso es oculto en su naturaleza y produce un despertar del alma que puede llevar al neófito a cuidar a los enfermos, inspirarle cualquier invento mecánico que sea útil a los demás o animarlo, en una parroquia o en la ciudad, para ayudar a la juventud o para poner en marcha programas educativos infantiles.

Esta idea llama más la atención cuando se pide al neófito que recuerde que los discípulos de los Maestros tienen la misma facilidad para verse envueltos en actividades políticas, sociales y económicas como en los campos espirituales y religiosos. Los ejemplos más sorprendentes quizá se encuentren en la historia de la fraternidad de los Rosacruces. Las huellas de su influencia se pueden ver en todo el mundo civilizado, en la literatura, en el arte y en las ciencias, en la Iglesia y en el Estado, en la iluminación mística y las realizaciones ocultas. De este modo, el neófito debe abordar su preparación con un espíritu abierto para descubrir el servicio que sus estudios, a fin de cuentas, le revelarán como idóneo en su caso. Durante el entrenamiento hay una cosa segura: lo que pueda hacer mejor se revelará con toda evidencia y madurará y no tardará demasiado en encontrar el medio de ejercer sus aptitudes del modo más satisfactorio para él y válido para el mundo.

Siento bastante compasión por el neófito que puede darse un respiro aquí, cuando cae sobre él una sombra de decepción cuando al enfrentarse a la agobiante insistencia de considerar el servicio como la llave del desarrollo superior. Sé que aborda sus estudios con toda la ambición de la esperanza de la conquista personal y la idea del servicio tiene demasiado sabor a la observancia religiosa que se le ha inculcado desde la infancia. Pero debe recordar que a partir de ahora entra en el campo de una ciencia exacta cuya técnica está hecha por leyes inexorables y principios de acción que no se pueden abolir con impunidad.

El acto de servir en el sendero libera el poder del alma. La revelación no depende sólo de la acumulación de los materiales aportados por el estudio. No se hace un atleta con el estudio exhaustivo de la anatomía, ni por la contemplación de los trabajos de cultura física. Debe traducirlos en términos de entrenamiento muscular y construcción científica del cuerpo, combinados con los múltiples ajustes mentales relacionados con las proezas que quiera conseguir. Lo mismo pasa con el neófito. Las fuerzas que quiere conocer y manipular están en él y alrededor de él. Por ello lo que necesita es una llave que le permita captar estas fuentes infinitas que esperan la llamada de la voluntad para combinarse y utilizarse de forma activa.

En el desarrollo del neófito y la utilización de poderes, la fe juega un papel mucho más activo de lo que se puede creer. Si presta atención a su naturaleza profunda, puede conseguir varias señales en momentos de urgencia y de tensión. El esfuerzo regular y constante en el servicio, cualquiera que sea, que las circunstancias sugieran o presenten en la mínima ocasión, enseñará más al neófito que una lectura exhaustiva de obras de ocultismo. No tiene ninguna idea de lo que es capaz de hacer hasta que se levanta con confianza ante la humanidad necesitada y hace que responda el poder innato de su alma.

Si se puede imponer este comportamiento y actuar con confianza, aparecerá de inmediato el aspecto de su alma. Todo dependerá del espíritu que ponga el neófito en esta tarea; pero, si puede contar con esta fuerza de voluntad, limpiar el terreno desde el inicio de su noviciado en beneficio de una decisión firme y proceder a los ajustes necesarios en la vida, quizá pagando un precio, el futuro responderá a su valor y a su decisión y justificará el pasado.

En el sendero no hay lugar para el neófito tibio; las exigencias de la vida tampoco lo tienen para él. El sendero exige hombres de acción.

Hay bastantes cultos, asociaciones y círculos que ofrecen artificiosamente mucha hospitalidad a quien quiere pasar su vida soñando. Pero el hombre al que nos referimos debe dejar estas cosas a quienes las necesitan, o utilizarlas para entretenerse o relajarse del duro esfuerzo personal que ha realizado para llegar a técnico superior; entonces tendrá alguna utilidad en el mundo y otros imitarán su ejemplo.

Capítulo IV

El neófito y la iniciativa

Al neófito que intenta asegurar su posición en el sendero se le exige una cualidad, que es la iniciativa. Esta cualidad de la personalidad constituye prácticamente por sí misma una garantía de éxito en cualquier campo en que se ejerza con sabiduría. Un neófito la posee: forma parte de su bagaje natural y la demostrará en todo lo que empiece. Otro no la tiene: no forma parte de su bagaje natural y tendrá que afanarse constantemente por adquirirla. El primero asimilará rápidamente sus estudios y los pondrá en práctica de una manera personal e ingeniosa; pero al segundo, que deberá convencerse de cada línea y cada precepto y volver a pensarlos sin descanso antes de aceptarlos y comprenderlos por completo, hasta los rudimentos de la ciencia le parecerán extraños y revolucionarios. Pero tiene que dar mucha importancia al hecho de que está en el sendero y ha empezado la conquista de dificultades que no se presentan en ninguna otra parte y que, al final, tendrán consecuencias muy importantes para él. Pero centrémonos ahora en el neófito que tiene iniciativa.

Hay un interés especial en el neófito que desarrolla una viva iniciativa en su trabajo oculto. No es nuevo en el sendero y es, en potencia, una personalidad de reacciones imprevisibles, a la que conviene dejar un cierto margen de libertad. Esto no significa que el neófito tenga toda la libertad para seguir los pasos de sus maestros o para ignorar las reglas de la disciplina. No esperamos de él esta actitud, sino lo contrario. Sin embargo, a menudo se observa que este tipo de aspirante tiene el defecto de desear con impaciencia avanzar en el trabajo y buscar un atajo. La progresión en el conocimiento de sí mismo lo remediará. Como el debutante más perfecto, tiene que ceñirse, con mucha precisión y escrúpulo, a consolidar los cimientos de la futura obra, aunque esto le parezca discutible.

Pero los que le ofrecen su ayuda lo saben y no se debe descuidar la experiencia adquirida.

En las escuelas de pintura se obliga al joven estudiante a obedecer las reglas del arte. Dotado, como viene siendo habitual, de una imaginación brillante y entusiasmado por la contemplación de las obras de los grandes maestros, su espíritu precede de lejos a su mano; la ejecución fácil del modelo perfecto le hace olvidar el penoso noviciado durante el cual su maestro obligaba a su naturaleza ignorante a seguir con precisión servil las viejas reglas que hoy percibe el ojo en cada uno de los aspectos de su obra madura.

Voy a dar un consejo al neófito. Cualquiera que sea su idea actual sobre el trabajo y el servicio del ocultista consumado, tiene que aplicarse humildemente y con sinceridad profunda a los rudimentos de la ciencia. Cualquiera que sea su sentido innato de la iniciativa, no tiene que criticar nada, sino obedecer. Se le permite un margen de libertad, pero no antes de que haya pasado un periodo razonable de cultivo de la personalidad en el sentido oculto del término y de estricta obediencia a las reglas de la disciplina.

El ciclo preliminar de preparación básica es importante, aunque sólo sea para enseñarle paciencia y humildad. Su primera contemplación de los Maestros, de su ascendente y su utilización de la fuerza, constituye una revelación y una sorpresa para el espíritu ambicioso que, como consecuencia, corre el riesgo de perder el sentido de la perspectiva y querer alcanzar este nivel de un solo salto. A veces también tiende a dejarse llevar por una pereza natural y descuidar algunas etapas preliminares de la disciplina. No acepta el trabajo necesario para alcanzar la precisión y el neófito es hostil a la conquista mediante una lenta aproximación hacia la meta. La imaginación brillante, tan preciosa en su justo lugar, es responsable de esta actitud equivocada. Está dominada por la visión de la perfección y olvida el fastidioso proceso de desarrollo que la precede.

Los que nos guían han seguido el camino con más fidelidad. No se pierde nada si se obliga a la voluntad a considerar los estadios preliminares de la disciplina con la mayor atención. Parece que esto deja poco lugar a la iniciativa; pero hasta la iniciativa está sometida a la ley del crecimiento. Si no comprenden esto, aunque hayan leído todo tipo de libros, los estudiantes de ocultismo son ineficaces en materia de servicio. Sólo se puede enseñar y ayudar a los demás si se conoce en la teoría y en la práctica cada etapa, gracias a la experiencia vivida personalmente.

He conocido dos tipos de estudiantes. Unos tenían un conocimiento enciclopédico de lo oculto, pero estaban llenos de pesimismo y de dudas y demostraban una incapacidad patética para proyectar su influencia hacia los demás para su propio desarrollo. Los otros habían demostrado poco a poco tener un conocimiento limitado, asimilado con trabajo, y habían forzado el reconocimiento con una aplicación bien dirigida.

Éste es el comienzo de la verdadera iniciativa y los segundos estudiantes abordarán las etapas posteriores con una facilidad y una capacidad de demostración ignoradas por los primeros.

Por la obediencia, el neófito desarrolla y acumula la energía necesaria para un trabajo original. El celo que no dejará de poner en la aplicación de la disciplina en los detalles más pequeños le permitirá conseguir unas aptitudes determinadas. Quizá lo más importante sea que aprende a confiar en sí mismo. Por encima de todo, el Maestro exige al técnico esta cualidad. El Maestro no confiará nunca en el hombre que no confíe en sí mismo. Una vez que se haya adquirido completamente esta confianza, el trabajo ofrece un nuevo aspecto a los ojos del neófito.

Deja de ser un simple imitador y empieza a iniciarse. Con una visión segura del progreso, y preparado gracias al estudio asiduo de los textos puestos a su disposición, tendrá a partir de ahora un sólido bagaje con los ejemplos válidos de sus maestros, sobre los que podrá meditar. Apreciará mejor el valor de estos ejemplos con la comprensión de la disciplina que los ha elevado a su posición destacada.

Le bastará un solo paso para que, gracias a un examen crítico del espíritu de sus maestros, refleje inconscientemente en su vida una parte de su virtud y de su habilidad para la acción. Siempre pendiente, incluso en un grado más elevado, de las reglas permitidas por la disciplina que lo han llevado tan lejos, llegará a ejercer cierta autoridad sobre las mismas reglas. Las utilizará con una libertad y una aplicación cada vez mayores, adaptándolas a sus necesidades individuales. Obedeciendo inconscientemente las reglas desde este momento, perderá la sensación de reserva que le imponen y se sentirá libre para ir al frente de su propia iniciativa. Sigue siendo un neófito fiel, pero también es un aspirante que ha pasado

con éxito el ciclo preliminar del desarrollo, que conoce sus debilidades, siendo consciente de su fuerza, y que está en condiciones de servir.

No se debería pensar que esta transición, desde una dependencia atenta y escrupulosa de la reglas de la disciplina a su superación consciente y a una independencia parcial, es fácil y se consigue en poco tiempo. La etapa de progresión que he descrito concisamente puede ser mucho mayor. En el periodo inicial, se familiariza con las reglas del proceso oculto y este periodo incluye necesariamente una comprensión perfecta de la doctrina oculta que pretenden demostrar las reglas. Hay que añadir que no es necesario que el neófito realice una lectura profunda y razonada de las obras ocultas.

Aseguro sin vacilar que la lectura puede ser un freno para algunos estudiantes, como, por ejemplo, el que tiene un espíritu muy práctico y se cansa enseguida de la doctrina, pero tiene gran facilidad para poner a prueba cada teoría. No ignora el valor y la necesidad de comprender perfectamente las bases teóricas que deben preceder a la experimentación y la aplicación; pero para él es difícil separar la acción del estudio y encontrar satisfacción y serenidad en peroratas omniscientes sobre las facultades del hombre. Cree más en la demostración de estas posibilidades que en su evocación interminable y embrutecedora.

Los principios y la práctica de la técnica se desarrollan rápidamente en la consciencia y el alma de este tipo de neófito. En él, la iniciativa progresa día a día. Es de éstos cuya aprobación se lee en los ojos de sus maestros, ya que tienen lo que tanto buscan éstos: la aptitud y el valor para trabajar en sí mismos, en la vida y en cualquier circunstancia. Una alusión será más fecunda para él que una biblioteca para un hombre falto de iniciativa.

Otro tipo, no menos loable que el anterior, tendrá una notable aptitud para combinar el estudio extensivo y su aplicación variada. Para él la lectura razonada es una necesidad. Siente la necesidad de ver por encima los múltiples razonamientos que hay sobre la doctrina. Tiene a la vista un modo de aplicación perfectamente definido, revelado por las reglas básicas, y recurre a todos sus conocimientos para dirigirse con seguridad hacia este fin. Pero para esto hace falta una mente equilibrada, un poder agudo de discriminación y una aptitud para comprender intelectualmente las distintas exposiciones sobre la doctrina oculta, sin desconcertarse por los distintos puntos de vista de sus autores, ni flaquear a pocos metros de alcanzar el objetivo práctico. En esto, el neófito pondrá el máximo interés para tener en cuenta sus propias disposiciones mentales y fiarse de su intuición. Cualquiera que sea la línea adoptada, deberá aferrarse al objetivo central de aplicar las reglas de la disciplina y de la experimentación con perseverancia y rigor, hasta que el desarrollo de sus poderes personales y la proyección dinámica activa de éstos en un campo específico justifiquen su presencia en el sendero.

Siguiendo este proceso, entrará en el segundo ciclo del noviciado. Gracias a la aplicación intensa de su conocimiento presente y al ejercicio de su influencia personal en su vocación y su servicio, su interés por la ciencia oculta atraerá a su campo de actividad la obra y las realizaciones de numerosos Maestros de diversos niveles técnicos que ya han recorrido el sendero. Su meta consistirá en saber cuál es el sitio que debe ocupar en relación con estos Maestros. Su superioridad y su perfección encenderán su imaginación para realizar un esfuerzo mayor, según va tomando el hombre ideal, cada vez más, posesión de él. Las perfecciones que observa en cada uno de estos Maestros forjarán progresivamente

en él una idea dominante de la vida del Maestro y los conceptos estrechos y parciales dejarán paso a una impresión completa y global de la personalidad que quiere imitar.

Los maestros de ocultismo tienen sus peculiaridades personales y sus predilecciones mentales y, como hemos visto, en sus exposiciones doctrinales y en sus métodos personales de demostración hay muchas contradicciones aparentes que han suscitado varias controversias vanas entre los que tienen miras estrechas y sensibilidad limitada. El sendero es único; pero son muchos los seres superiores que lo han empezado. La verdad es única; pero ¿podemos concebir que la verdad del cosmos se pueda expresar por medio de un alma iluminada? El neófito debería meditar sobre este pensamiento y dejar que influya en el modo de llevar a cabo su búsqueda. Su objetivo es llegar a ser el representante de la Fraternidad de los Maestros. Descubrirá que sus miembros son los intérpretes de una técnica que es tan diversa en su contenido y su aplicación como los espíritus individuales y las personalidades de los mismos Maestros.

Ya que escribo sobre todo para el neófito rosacruz, debemos pensar precisamente en la técnica rosacruz; pero, por esta razón, no hace falta que el neófito rechace los rayos unidos de la técnica que descienden con benevolencia sobre su sendero, salidos de un gran centro de luz. El sendero es uno, la verdad es una, los Maestros son uno en lo Cósmico, en intuición y en iluminación, aunque cada uno tenga una técnica perfecta especialmente adaptada a la mente, el psiquismo y las condiciones espirituales de las distintas escuelas auténticas de disciplina y a los iniciados que buscan su ayuda para terminar su obra. Esto es lo que entiendo por eliminación de una concepción estrecha y parcial de la verdad de la ciencia divina, gracias a la técnica global que se expresa por medio de sus Maestros ya la sustitución de una consciencia en expansión que aspira a englobar todo conocimiento y lo utiliza para un desarrollo total y equilibrado por la salvación de los hombres.

El tercer ciclo del noviciado es un punto culminante en el que el neófito debería aparecer completamente comprometido con el sendero y dotado de cualidades mentales claras que revelen que se han echado bien los cimientos de la técnica y que tienen su aplicación en la vida. No digo nada especial aquí sobre sus estudios particulares: dependen de su elección y de su convicción. Mi interés se centra en la técnica del sendero y he indicado la fase que considero que tiene una importancia vital para la realización de un trabajo práctico en el mundo, lo que hoy día es una necesidad primordial.

Durante el tercer ciclo es posible que el neófito haya seguido el estudio indicado por los intérpretes de la técnica. Habrá observado sus particularidades individuales y las diversas aplicaciones que tiene la técnica en el trabajo original de una rama específica y, a partir de estos ejemplos, también habrá unido y combinado en una construcción heterogénea una técnica individual obligatoria que le permitirá expresarse plenamente en la iniciativa personal. Se pondrá a prueba esforzándose por actuar a partir del nivel elevado de visión y de realización de estos seres superiores que han sido durante tanto tiempo el objeto de sus estudios y de sus esfuerzos, hasta que, por un fenómeno de armonización, la dignidad y la fuerza de estos seres superiores se hacen suyas y le permiten forzar el reconocimiento creciente de las fuentes de lo Cósmico, cumpliendo la ley, garante de la recompensa de las aspiraciones más profundas del alma consagrada.

Puede ser que algunos de mis lectores piensen que exijo un nivel de eficiencia que no se puede conseguir durante el periodo relativamente breve del noviciado. Sólo puedo decir que esta visión de la tarea a cumplir se impone en mí porque yo la he elaborado, con

constancia y sin flaquear, en lo que me concierne y la he hecho parte de mi experiencia para que sea un estímulo. Además, siempre he considerado con la mayor seriedad esta tarea y no he escatimado ningún esfuerzo para satisfacer, en letra y espíritu, las exigencias austeras que tiene que afrontar todo aspirante que intenta la gran aventura.

Por ello supongo que el neófito tiene todas las cualidades básicas que, una vez lanzado en el sendero, lo impulsarán a poner toda su vida al unísono de los designios de lo Cósmico, sin dejarse desviar por ninguna debilidad personal o cualquier fracaso temporal, guardando siempre firmemente en el espíritu este concepto de la maestría que ha apuntalado en sus momentos de estudio y contemplación, obligando a cada poder y facultad a adaptarse a esta grandiosa concepción.

Capítulo V

La voluntad del neófito

Si el neófito respeta las reglas de la técnica durante el periodo necesario, llegará a descubrir en sí el desarrollo de cualidades precisas. Ha aportado un espíritu inventivo a su trabajo e intentado aplicarlo en nuevos campos. Ha demostrado tener iniciativa y tras la iniciativa siempre está el desarrollo de la voluntad. El poder central de ser y actuar le empuja a aprovechar sus propios recursos. Entonces el neófito es consciente de su tarea y empieza a trabajar para la evolución. Su servicio se hace prudente y eficaz y sus reacciones personales le aseguran, a corto o a largo plazo, un desarrollo regular.

En este ciclo de progresión, el factor determinante ha sido el despertar de la voluntad. Es la clave de toda su progresión posterior. Todas las facultades están relacionadas con ella y la expresión personal gravita en todos los planos alrededor de ella. Observad hasta qué punto se refieren los Maestros a la voluntad en sus escritos. En cierto modo, se puede considerar la vida del Maestro como una voluntad organizada. Cualquiera que sea el aspecto de la obra que consideremos en un Maestro, no podemos ignorar este atributo de lo Cósmico admirablemente moderado que expresa con precisión matemática la técnica llena de recursos a la que aspiramos. La sabiduría, la compasión y el conocimiento perderían su nombre sin la energía irresistible y directora que les da forma y vigor. El neófito puede estar convencido de que será reconocido y apreciado en el análisis final en función de su voluntad. Su desarrollo es una ascensión en espiral en la consciencia de la voluntad.

En mi juventud me impresionaba bastante el fenómeno concreto del genio. Rápidamente distinguí entre los pocos favorecidos que lo poseían y los que, siendo brillantes e inteligentes, no lo tenían. Sentía una profunda admiración por estos seres aunque no conociese el origen y el significado de los preciosos dones que demostraban tener. Simplemente creía en la inspiración y sabía que se beneficiaban de ella. Ahora considero al genio como una fase del adepto, la mayor parte del tiempo inconsciente y enraizado en el mundo oculto de la fuerza.

Si el neófito quiere tener alguna idea de la voluntad del técnico que está en acción, le recomiendo que estudie las grandes personalidades de este mundo en el ámbito en que se hayan manifestado. No me preocupo de sus virtudes, sus vicios o sus excentricidades. Que estudie al hombre despierto en acción y dirigiendo su influencia por todo el mundo, ya que, cuando se convierta en discípulo, deberá dar prueba de esta cualidad de concentración y voluntad, canalizada por las vías de una actividad única y cuyo contenido inspirado y valor para evolucionar no hay más remedio que reconocer.

De este modo, por un sendero desviado y gracias a unos ejemplos de un estado de discípulo imperfecto al ser inconsciente, comprenderá vivamente lo que puede esperar ver nacer en el técnico que está en el sendero. Al observar estas personalidades conocerá progresivamente el sabor y al final alcanzará la esencia de esta inspiración divina que es el

secreto de su influencia. Lo que observará será la fuerza vital y estimulante del genio que lleva en ella esta atractiva cualidad de una nueva creación infatigable e innovadora y que incita a los demás a unirse a ella sin escatimar esfuerzos.

En realidad, el genio adquiere distintas formas que no manifiestan todas las cualidades estimulantes y de dominio de la acción; pero el genio es siempre nuevo, siempre original y consigue algunas realizaciones con una facilidad aparente y expresa casi inconscientemente esta facultad, que es la desesperación de los que sólo son inteligentes y constantes. ¡Cuántas veces confunde y deprime al ambicioso! Es inherente a su naturaleza, no a su meta. Su misión es hacer que avance el mundo y sacar a la humanidad de lo sórdido y lo común para llevarla a lo que hay de bello y noble en la naturaleza y en el hombre. Deposita en el corazón de los hombres una insatisfacción inquietante y el deseo ardiente y patético de lo que en los mejores momentos pretenden poseer pero no pueden alcanzar.

Al observar el efecto del magnetismo de la voluntad del genio que se imprime irresistible e indiferentemente en los sabios y los incultos, no es difícil comprender y aprobar plenamente estas palabras alentadoras del Maestro: “El que adquiere el conocimiento por intuición roza con la mano sus diversas formas con extremada rapidez por un esfuerzo violento de voluntad”. Apliquemos por unos instantes esta declaración al genio, prescindiendo de todo significado oculto específico, por ser tan representativa de él: al considerar este fenómeno de la voluntad en el inicio de una acción original, se reforzará la impresión que intento transmitir al neófito.

El genio capta, por intuición, los secretos ocultos de la consciencia y de la naturaleza y, por un esfuerzo violento de voluntad, los saca a la luz del día, dándoles una aplicación insólita y enriqueciendo un aspecto de la vida por el uso singular que hace de ellos. Hay una extravagancia divina en su forma de actuar, un procedimiento autocrático que los necios critican y en el que se deleitan los sabios porque es algo bueno y grato al ojo y al corazón capaces de apreciarlo. En efecto, no hay nada que nos haga disfrutar tanto de la presencia de la divinidad en la vida humana. Podríamos recordar lo que decía un alumno después de haber leído a Homero: le parecía que había crecido y que toda la naturaleza que lo rodeaba se había reducido a átomos. Este es el efecto que tiene en los hombres una facultad divina que inspira una personalidad perfecta y sensible, renunciando a sí misma en una entrega total al soplo divino que la atraviesa.

Lo mismo sucede con el discípulo que está cerca del Maestro. Quizá no tenga la cualidad ardiente de la realización insigne. Puede pasearse por senderos humildes y ser desconocido. Puede que su voluntad no tenga esta orientación que atrae la atención del público; pero tiene que estar despierta y manifestarse activamente en su esfera. No se debe llamar discípulo a un hombre de voluntad débil. Si se pone esto en duda, ¿por qué los Maestros hacen tanto hincapié en el desarrollo óptimo de la voluntad? Es la piedra angular de la estructura del entrenamiento técnico que inculcan. Y, al recordar la importancia de la voluntad en toda realización de valor hecha aquí abajo, uno se da cuenta inmediatamente de la necesidad de cultivarla en un nivel superior, cuando se empieza a trabajar en su ser interior. Esta voluntad debe ser llevada a este nivel de tensión y de calor en el corazón de la vida, que nada a ningún nivel puede sofocar o entorpecer.

He explicado que el sometimiento a las reglas prescritas por la técnica hará que nazca en el neófito la consciencia, una tendencia a la emancipación en todo su comportamiento personal. Se ha acostumbrado a dirigirse por sí mismo, a imponer su

voluntad a todas sus actividades. No cometerá el error de pensar que crea así la voluntad, sino que, gracias a una firme intención en el estudio de la meditación, organiza progresivamente sus facultades, coordina sus actividades y permite de este modo que se exprese la energía omnipresente de lo Cósmico que reside en el alma. La organización de la personalidad exterior favorece la liberación de la divinidad interior, energía vital y creadora que subtiende toda manifestación y, cuanto más se la ve inspirar con fuerza y pureza la personalidad, más se siente la presencia de una voluntad vigorosa en la plácida posesión y la expresión sin obstáculo. Y, al ver, por encima del genio, el ejemplo perfecto del Maestro que utiliza su técnica en sus múltiples facetas con libertad y exactitud, el neófito experimentará una profunda veneración y el deseo de recorrer las etapas del estado de discípulo con toda la celeridad posible y legítima.

No descuidará la necesidad de perspectiva que tiene en esta consagración al Ser y en esta resolución. Ya se sabe que al genio no le gusta pedir ayuda a los demás. Está sumamente desarrollado, normalmente superdesarrollado, desde el punto de vista oculto, en un campo concreto de la consciencia y en su utilización. Para él la supremacía en el campo que ha elegido compensa suficientemente la ignorancia, la excentricidad y la necesidad de equilibrio en los demás aspectos de su ser. El mundo piensa igual; pero el neófito no se puede permitir seguir este punto de vista. Lo comprenderá rápidamente si examina, tanto intelectual como intuitivamente, el equilibrio sutil y noble, la palabra iluminada y bondadosa y la aplicación refinada de la técnica espiritual del Maestro encargado de la evolución humana. Como en el caso del lector de Homero, toda su naturaleza saldrá engrandecida de la contemplación; pero la naturaleza que lo rodea no se reducirá nunca a átomos, sino que la belleza, el ritmo y la ley adquirirán ante sus ojos un nuevo significado y se esforzará sin descanso por manifestar estos atributos en su propia vida personal.

¿Hay que añadir que esta sutil discriminación y la concepción equilibrada del neófito dependen de su capacidad de haber hecho de su tercer período de noviciado un periodo plenamente productivo? Este período de estudio y de coordinación de sus conocimientos debe estar marcado por todo el ardor y el entusiasmo de un verdadero artista. Una estimulación fuerte de la voluntad no nace del simple deseo de obtenerla. El genio se extiende infatigablemente por el mundo del conocimiento que forma parte de su propia actividad. Posee esta amplitud de consciencia que atrae a su esfera todo lo bueno y útil que han conseguido sus predecesores. De los orígenes más extraños y ocultos hace que aparezcan en sus manos los signos secretos del poder y la sabiduría que le permiten comparar su técnica con las realizaciones más grandes de los hombres.

El genio recoge los materiales con una avidez que sólo conocen los que están poseídos por una pasión sin límite por un fin concreto. No se trata de un plagiador: desprecia las imitaciones. No acapara sólo por imitar. Distingue en estos materiales una posibilidad única y elabora una combinación de verdadero valor que sólo es compatible con su previsión técnica individual. ¿De dónde procede este milagro de una creación completamente nueva que a veces supera de repente toda labor penosa de varias generaciones de hombres? Es la visión de un alma despierta y la voluntad dominante, completamente concentrada en su meta, que combina con una intensidad dinámica todos los elementos necesarios para la objetivación de esta visión.

Que no se desanime el neófito por la grandeza del ideal que se le ha presentado. Doy esta forma a este ideal con el objeto de acercar al neófito a esta visión amplia y

magistral de su vocación, por la que se incitará a los poderes del alma a manifestar y a asegurar, con lo Cósmico, los contactos necesarios que son esenciales para el desarrollo de su técnica.

Construye sobre las obras realizadas por los que le han precedido en el sendero. Durante el tercer periodo de noviciado hace suyas estas obras gracias a una comprensión sutil, comprensión que pertenece más al ámbito espiritual que al de los hechos. Se educa insensiblemente en la esfera del pensamiento de estos espíritus reales. De ser así, la naturaleza lo ha hecho apto para esta promoción clásica, su vida se impregna del genio del sendero, haciéndolo receptivo a los impulsos divinos e irresistibles de la voluntad y dirigiéndolo hacia esta concepción de la belleza y de la simplicidad que es por siempre la herencia del genio y que domina en el discípulo del Maestro.

Capítulo VI

Las exigencias del estado de discípulo (1)

Hasta ahora hemos esbozado las etapas del noviciado. En la mayoría de los casos, se trata de un periodo de estudio y de preparación largo y duro en el que el neófito debe comprender perfectamente los fundamentos de la técnica y aplicarlos en su vida cotidiana. Cuando ha alcanzado este objetivo y gracias a unos signos evidentes que no dan lugar a error, tiene la certeza interior de que acaba de atravesar el umbral del estado de discípulo. Se ha elevado a un nivel de desarrollo en el que el Maestro se interesa por su valor como factor de evolución. El Maestro, tal vez desconocido por el discípulo y sin que lo sepa, le facilitará los medios para desarrollar su conocimiento, progresar con la intercesión de enseñantes reconocidos en el plano objetivo y prepararse para convertirse en su alumno, en el momento oportuno.

Muchos discípulos, en las distintas escuelas de ocultismo, pretenden cualificarse por aceptación personal, pero sólo unos pocos tienen la prueba innegable de esta aceptación. ¿Por qué sucede así, cuando están en el sendero millares de aspirantes serios, adeptos de todas las formas posibles de convicción oculta, y tienen, algunos de ellos, una inteligencia y unas facultades dignas de elogio? Es porque les faltan, a juicio del Maestro, algunos elementos muy importantes de la técnica y necesitan un trabajo personal.

Algunos de los que han leído “La Técnica del Maestro” han dicho que este libro inspiraba y desanimaba al mismo tiempo porque, si eran muy sensibles por intuición a su enseñanza que sondeaba el corazón de sus problemas personales y les daba nueva fuerza para progresar, había una nota de austeridad en las exigencias de los Maestros hacia aquellos a los que habían concedido su confianza. En mi opinión, esto es innegable; pero examinémoslo desde el punto de vista cotidiano, ya que, si hay que tener una idea sana y objetiva de uno mismo como ocultista, hay que buscar continuamente analogías con las fuerzas y las circunstancias del mundo exterior para interpretar debidamente las leyes y las condiciones del mundo del alma.

Creo que es conveniente que el neófito sea, en primer lugar, un hombre antes de ser un ocultista. Me explicaré. El rasgo diferenciador de los hombres de luz y de conocimiento, cualquiera que sea la esfera de realización en la que se encuentren, es el poder perfecto y la ejecución sin defectos en los límites de esta esfera. No hablo simplemente de los hombres de genio cuyas obras brillan con este doble fulgor, sino de hombres de mínima grandeza mediana: hombres trabajadores, pacientes y capaces de analizar, que se sacrifican hasta el final por la meta que han elegido, críticos severos e implacables con ellos mismos y con su trabajo, inquebrantables ante la oposición y la crítica tanto si proceden de las circunstancias como si es de otros hombres. Cualesquiera que sean las buenas cualidades que manifiestan hacia los demás, cualesquiera que sean su benevolencia, su consideración y su capacidad de adaptación a sus semejantes, para ellos mismos son tiranos inflexibles. No hablo de autómatas, sino de hombres que se entregan en cuerpo y alma a una gran idea y que viven

para servirla y adaptarse ella. Sólo evoco lo que los hechos de estas vidas revelan cada día, si se toma uno la molestia de leer su biografía, escrita o no. El trabajo de vanguardia de este mundo se apoya en los hombros de estos hombres.

Siendo así, ¿qué somos nosotros para esperar de los Maestros - que son unos hombres perfectos en el sentido más alto y noble de la palabra - que exijan a sus discípulos que se ofrezcan y aspiren a formar parte de la tarea más importante que se ha dado al hombre, como es el fomento y la exploración de las fuerzas ocultas para la evolución de las Almas? No cabe duda de que las exigencias de los Maestros para la selección y el empleo de un discípulo se apoyan en una preparación y una demostración personales conformes a las leyes ocultas, que son completamente distintas a las categorías de la teoría y la práctica inculcadas y aplicadas en las escuelas habituales. El neófito puede asegurarse de ello mediante una observación personal de los intérpretes de la técnica. Se dará cuenta de que estos técnicos y sus métodos de trabajo desafían toda clasificación ordinaria, sólo porque las leyes y los principios subyacentes tienen su origen en una esfera que trasciende los límites estrechos del saber o de las costumbres.

Por esto se ha afirmado que las reglas del ocultismo sólo tienen significado para el discípulo y para los que captan el conocimiento en su significado verdadero y místico. Sólo son útiles e interesantes para los que tienen la cualidad de discípulos. Lo que hay que recordar sobre todo es que, mientras el estudiante no se haya preparado cuidadosamente durante su aprendizaje como neófito, estas reglas no le transmitirán su significado real. Las leerá como un dato científico aunque se trate de aforismos luminosos que resumen un conjunto de experiencias espirituales interiores.

Muchos estudiantes hacen una lectura de primer grado y piden a los demás que les den lo que sólo puede ser vivido. Nadie les puede dar el poder de leer desde un punto de vista oculto, poder que sólo adquirirán con la profundidad y la intensidad de sus vivencias. El neófito que retrocede ante las palabras que están muy cargadas de significado, ante su profundidad y su intensidad, haría mejor retirándose por algún tiempo.

El sendero del estado de discípulo lo arrastrará a unas aguas profundas. Al ver por primera vez estas aguas, muchos hombres se han detenido por miedo. Quizá sea bueno. Si está solo, le resulta incómodo pasar al otro lado. Hace bien en poner a prueba su sangre fría antes de abandonar el suelo que conoce bien. No hay posibilidad de volver cuando se ha pasado el límite. Al traspasarlo, el estudiante dejará bastantes cosas a las que se había aferrado en su vida. El problema ahora es saber si es capaz de confiar en su alma para encontrar el nuevo sendero que lo llevará a algo infinitamente más estable que lo que haya perdido.

El sendero del neófito se fusiona, casi sin que nos demos cuenta con el del discípulo, si bien son completamente distintos en disciplina y objetivo. Se anima al neófito con dulzura y persuasión. Se ve guiado de una forma cómoda desde el camino terrenal al del alma. Es la experiencia de una cultura más elevada y triunfará en ella, según su capacidad y orientación; pero el sendero del discípulo está marcado por el rigor. Ha elegido una vocación en la vida y el nivel que alcanzará depende sobre todo de él mismo. De ahí viene la afirmación concisa de algunos textos, según los cuales las reglas de esta vida sólo son válidas para los que elijan esta vocación con una comprensión clara de la naturaleza de su decisión y de lo que ésta les exigirá.

Unas palabras antes de tratar las condiciones más rigurosas que prevalecen en este sendero. El hombre entra en una escuela superior con algunos logros que ha conseguido en su noviciado. Ha adquirido un buen conocimiento de sí mismo y sabe cómo utilizar su mente para reforzar el estudio y la meditación. Ahora tiene que obligar a su mente a profundizar en esta experiencia ya darle una dimensión más amplia.

Sólo una cosa le puede dar esta garantía: actuar sobre su personalidad, tanto en el plano intelectual como en el exterior.

He conocido estudiantes que disfrutaban demasiado en el noviciado, porque habían encontrado una paz y una tranquilidad desconocida debido a un desapego inicial de muchas cosas de este mundo. Su meta principal, al acceder a un trabajo más elevado, era aumentar este sosiego de la personalidad que les parecía tan deseable. Les quedaba por aprender que esa tranquilidad que no se perturba con nada no es para el discípulo. Si el discípulo la desea más que nada, hará mejor quedándose donde está hasta que se canse. Seguro que se cansará. También he conocido estudiantes que permanecían bastante tiempo en este primer paraíso de quietud, que para ellos se convertía en un infierno de inquietud, y suplicaban poder actuar. Quizá sea un signo infalible de que están preparados para entrar en el estado de discípulo. He conocido, lo repito, estudiantes que, sin dudas, se consideraban muy elevados porque habían cumplido una tarea difícil durante el breve periodo de su noviciado, pero quedaron desconcertados por esta quietud y esta calma profunda. Habían alcanzado un estado de paz y reposo con la concentración mental y permanecían allí, hipnotizados, esperando que el contacto con un alma viva los despertase.

Esta no es la señal del discípulo. Muchos hombres de negocios gozan de un reposo mucho más profundo y útil. El problema de estos estudiantes es que han leído los textos de una manera más literal que espiritual y han intentado heroicamente anular su ambición y librarse de sus sensaciones antes de medirse con la fuerza de una y haber sondeado las profundidades de las otras. Su quietud y su paz se debían a su falta de experiencia; no al conocimiento y su utilización. El crimen que consiste en matar la ambición apremiante y negar el insistente deseo de las sensaciones, las dos fuerzas más naturales de una constitución humana poderosa, significa una cosa: el empobrecimiento y no la realización de la personalidad. Es un intento, nacido de un concepto, completamente equivocado, de realizar al principio lo que debería conquistarse casi al final o, al menos, cuando el discípulo haya avanzado lo suficiente por el sendero.

No temo a ninguna de las críticas que podría suscitar con este punto.

Hay demasiados ejemplos concretos de esta verdad entre estudiantes que son víctimas de una mala enseñanza o de una comprensión personal estrecha de los cánones del ocultismo en esta materia. Si pudiesen darse cuenta del tipo de energía y facultades que se podrían desarrollar y fomentar en ellos con una ambición dominante y una viva sensibilidad a las percepciones del mundo objetivo, esperarían voluntariamente a que se les ofreciese una tarea superior cuando llegase la ocasión.

La situación es sensiblemente distinta para el estudiante maduro para el que la ambición ha jugado un papel importante y ha vivido sensaciones variadas. La diferencia es crucial y da peso a los objetivos que se acaban de conseguir, y hasta es posible que los justifique por sí misma. Tomemos dos ejemplos como botón de muestra. Un joven estudiante con facultades prometedoras sigue la disciplina del sendero. Al cabo de algún tiempo descubre una enseñanza que prescribe la doctrina negativa de la mortificación; esto,

unido al ejemplo de los estudiantes avanzados consagrados por completo al trabajo de sendero, lo lleva a cuestionar el desarrollo legítimo de las mismas facultades que, por sí solas, harán de él un hombre completo, capaz de comprender y de interpretar la experiencia de los demás cuando alcance las etapas más críticas del sendero.

Esas enseñanzas autoritarias y esos ejemplos individuales invaden la psicología de la joven alma y, antes de que hayan empezado a vivir las preciosas plantas de su vida personal, adopta la doctrina perniciosa según la cual sólo son malas hierbas que, si se les permite crecer, asfixiarían su alma. ¿Piensa el estudiante que estos dones que ha cultivado con tanto esfuerzo en un pasado lejano, cuyo contenido forma el substrato de su vida mental, cuyas vibraciones palpitan silenciosamente en cada vehículo, en la espera del contacto kármico apropiado, piensa, pues, que esta alma aceptará voluntariamente renunciar a toda su energía y su pasión y quedar anulada en el umbral del estudio y la disciplina oculta con una sola palabra? Si adopta una política de represión deliberada, conviene que mida su efecto psicológico antes de seguir, así como la sanción que le espera. Si sigue teniendo dudas, será mejor que las reprima allá donde se encuentre la fuerza fundamental de su carácter, que hace de él un hombre, y se precipite hacia el estado del discípulo.

Entonces puede contar con uno de los dos resultados, negativo o positivo, en función del tipo de hombre que sea, o formará parte de los que de discípulo sólo tienen el nombre, sólo porque siguen la instrucción académica del estado del discípulo, pero que, en la acción oculta y el servicio, son negativos en la apreciación de su valor, o, por el contrario, el fuego que está oculto en él, que no está muerto, sino dormido, se impondrá en el momento oportuno con una intensidad fulminante, derribará todos los catecismos y máximas ocultas de la creación y lo devolverá a las fuentes originales y a la voz de Dios y de la naturaleza que están dentro de él, para su consternación y la de sus semejantes. Éste es el resultado de tipo positivo.

Escribo en nombre del hombre natural, porque es infinitamente preferible ser un hombre natural guiado por una gran ambición y que reacciona a las sensaciones de toda la creación viviente a ser un pobre ocultista de comedia, con el alma subyugada a las creencias y a los dogmas ocultos, falto de fuerza e inspiración y con menos valor para sus semejantes que el ser humano normal. El neófito podría decirse que llegará un momento en el que tendrá que encontrar personalidades fuertes, llenas de energía y temperamento, conocidas y estimadas por los hombres por la vasta experiencia que han adquirido gracias a una gran ambición ya sus reacciones emocionales y para las que ha llegado el momento de adquirir el conocimiento del sendero. ¿Cómo encontrará a estos hombres si no lleva en sí mismo ni su fortaleza ni su amor? ¿Cómo puede esperar influir en ellos o guiarlos? Son ellos, más bien, los que podrán enseñarle, en vez de aprender de él.

Lo profundo llama a lo profundo en toda la vida. El discípulo debe tener profundidad. Debe ser capaz de encontrarla en los demás, sin que lo agobie. Debe prepararse para ello manteniendo una lucha dura y prolongada en los planos mental y emocional y grabando en su alma las pruebas que ha analizado con el contacto y las reacciones de su ser interno.

El segundo ejemplo se refiere, en mi opinión, casi exclusivamente al hombre que ha adquirido el conocimiento y que se convierte en un discípulo, en el sentido más completo del término. En este punto nos encontramos con hombres cuya mente y emotividad están

muy desarrolladas. Sus vehículos son ricos y vibrantes. La ambición ha realizado su trabajo y sigue inspirándolos con mucha fuerza. Se puede sentir en ellos la llama que brilla con todo el resplandor del genio y, cuando se añade más energía resultante de la disciplina oculta, se manifiesta un estado de tensión, por el juego de los factores opuestos del alma y la personalidad, sin tener nada en común con la ambición descontrolada del individuo normal. Se ha reconocido el alma, se ha vuelto a sentir su fuego, la llamada divina descendiendo al plano mental y desafía al fuego violento de la supremacía.

Pero observad en este caso el marcado contraste que hay con el estudiante anterior. Aquí, en el pasado, la ambición y la sensibilidad han llevado al hombre hasta el hecho de la realización mental. No se esfuerza por reprimir lo que, paradójicamente, no existe, negándose a reaccionar a lo que nunca sintió. Su tarea suprema consiste en transmutar lo que ha alcanzado la madurez, magnífica y hechizante en el plano de la mente, en un fuego mayor del alma que no puede esperar por más tiempo la unión completa. Aquí todo es poder, fuerza, facultad madura, cuyos límites han sido alcanzados y que debe dejar su forma a la iluminación espiritual.

Al esbozar un retrato rápido de los dos tipos de aspirantes que han alcanzado el nivel necesario del estado de discípulo, creo que llegamos al meollo de la muy controvertida cuestión de la aceptación por el Maestro de un pequeño número, más que de un grupo numeroso de neófitos, con miras a un trabajo personal e íntimo. Esto justifica la rigurosa exigencia de los Maestros en lo que se refiere a la aceptación. Si el candidato no tiene la madurez y la fuerza suficientes, la universalidad y la sensibilidad, así como una experiencia y comprensión muy ricas de la vida en los distintos planos, si no aparecen los elementos nacidos de la técnica, como consecuencia del desarrollo sistemático de cada aspecto de la personalidad, gracias a una vigilia secreta, a una guerra total, a la lucha permanente de la carne y la sangre ya la emoción cósmica en el mundo de la forma y gracias también a que se tiene la mirada puesta en el que está arriba o abajo ya la ascensión regular de toda la vida hacia el plano del alma, no es signo de derrota ni causa de desánimo ni da pie a una crítica honesta: significa que todos estos factores tienen que estar presentes en el bagaje sutil del hombre interior, antes de que un Maestro pueda decidir su utilización, y el mismo aspirante será el primero en comprender y reconocer este hecho cuando llegue el momento de aceptar una responsabilidad y llevar a cabo la obra que corresponde al discípulo probado y aceptado.

Capítulo VII

Las exigencias del estado de discípulo (2)

He explicado que el que llega a discípulo, para profundizar y desarrollar su experiencia, debe dirigirse a su mente con toda la fuerza y habilidad que ha adquirido durante su noviciado y sólo puede llegar mediante una acción decisiva sobre su personalidad y desde fuera de ella. De este modo superará rápidamente el aspecto superficial de la vida. No necesitará precipitar la obtención de esta nueva visión, que se transparentará necesariamente si está absorto en el trabajo de su vocación y decidido a alcanzar su meta.

Quizá haya algo que abra mejor que nada este ciclo de experiencia: el pensamiento de la vida del Maestro. Al ser el fin de su inspiración y de sus esfuerzos, se convierte dentro de su consciencia en una realidad cálida y va, que lo atrae como un imán hacia lo alto. Se producirán crisis en su experiencia personal que lo harán más fuerte para su progresión posterior o lo lanzarán de nuevo al mundo para que adquiera la fuerza necesaria en la vida cotidiana. Pienso que un hombre que tiene una mente rica y bien estructurada está listo para progresar y lo hará con decisión y valor. Si el neófito ha seguido el consejo y observa atentamente al genio y sus actos, no le debería ser difícil ampliar su idea y concentrar su veneración y su afecto en el genio superior: el Maestro. Consigue esta idea gracias a la imaginación y la intuición, ya que, como está perfectamente demostrado, no puede ver al Maestro cara a cara y dar testimonio de sus actos en el mundo de los hombres.

Esta es una de las pruebas de la intuición: debe avanzar y vivir según la grandeza del concepto que tiene del Maestro en su consciencia y nadie sabe cuánto tiempo necesitará; pero tiene la seguridad de que al final habrá, entre el concepto vivo que defiende y el mismo Maestro, un nexo de afinidad y, con el tiempo, un cambio sutil tan maravilloso y poderoso que no existirán las barreras físicas.

El que llega a discípulo reitera su consagración al Maestro y por ello entra en un círculo en el que la humanidad ordinaria está ausente. Aquí no tiene lugar la vanidad personal. Ya no se trata de superioridad, sino de un cambio en la dirección de la vida y en su meta. El discípulo, por otro lado, está tan lleno de dudas y de temores que sólo la fuerza y la aptitud desarrolladas mediante un noviciado serio le permitirán continuar. No hay ninguna duda al respecto cuando se examina la historia personal de los aspirantes. No es un tema oscuro, sino serio, y todo lo que se ha escrito sobre él revela sin ambigüedad que el estado de discípulo implica una manera de vivir más intensa en todos los sentidos, una nueva apreciación del placer y del dolor, incremento o detrimento en la amistad, revoluciones, silenciosas o no, en el entorno: en una palabra, una conversión total.

Uno de los primeros libros que recuerdo haber leído sobre ocultismo hacía esta pregunta cáustica: ¿Puede prescindir usted de la simpatía humana? Al estudiante que está en el umbral de la vida y del sendero esto puede parecerle inquietante y repulsivo; pero el autor había recorrido el sendero y el estudiante, no. En un sentido literal del término, el

estudiante no tiene que prescindir de la simpatía humana en el sendero del discípulo; pero es cierto que muchas simpatías que valora y que significan mucho para él desaparecerán cuando penetre en el círculo interior.

Desde un punto de vista estrictamente técnico, la situación es la siguiente: el simple ejercicio de la concentración cotidiana para reforzar el control mental, el proceso más interno que consiste en armonizar la personalidad y el alma, debilita imperceptible y gradualmente el interés del discípulo por numerosas actividades que, habiendo usado o disipado la energía mental, han cumplido con su objetivo y se deben considerar como obstáculos para la progresión. El estudiante deberá comprobar lúcidamente que un cambio de actitud abre brechas en su entorno. A menudo produce una sorpresa muy grande. Sus progresos pueden ser silenciosos y ocultos. Puede ser capaz, gracias a su gran delicadeza, de disimular unas opiniones que, como sabe, se enfrentarán y provocarán la oposición de sus allegados. Por falta de experiencia puede pensar que, por un lado, la presencia en él de un conocimiento más profundo celosamente protegido no por egoísmo, sino en previsión de las dificultades que su revelación le pueda presentar en el sendero, y, por el otro, la consciencia de una fuerza interior creciente que actúa sobre su personalidad, podrán pasar sin ser percibidas en el exterior y sin encontrar obstáculos mientras demuestre ser reservado. Puede pensar así; pero no le sirve para nada.

Un discípulo, por mucho que lo intente, no puede ocultar su luz. El estado de discípulo se manifestará sin que se pronuncie una sola palabra y esta vibración silenciosa y penetrante es la que estimula, para bien o para mal, a los que lo rodean durante su evolución. Preguntas y contrapreguntas, antagonismo inesperado por parte de aquellos con los que ha vivido tanto tiempo con afecto y amistad, crítica amarga con el fin de minar la confianza creciente en una vida más rica y de destruir la fuerza secreta y la serenidad que el mundo no puede comprender y que, por tanto, odia. ¿Qué discípulo no ha tenido que enfrentarse a los ataques insidiosos del amigo y del enemigo, después de haber afirmado con la voz del alma su juramento de fidelidad eterna al Maestro? ¿Entonces es normal preguntarse si se puede prescindir de la simpatía humana!.

En ocasiones sentirá tal necesidad de simpatía humana que sólo podrá mantenerlo la sensación de que va a prepararse para una misión concreta en la vida. Algunos de sus allegados querrán acompañarlo hasta el final; pero no podrán. También el querrá tenerlos cerca; pero tampoco podrá. Sentirá cómo se hace mayor el abismo que los separa con la misma seguridad de que va hacia adelante hasta que los demás, que están al otro lado, dejan de oír su voz.

Es una experiencia dolorosa, pero de un valor inestimable. Durante todo el sendero tendrá que ayudar a los que se queden inertes, vencidos por la tristeza por algún tipo de pérdida. Debe comprender esta pérdida, pero no intelectualmente, sino en la práctica; debe responder a ella con su inteligencia y su corazón y deberá encontrar la palabra, hacer el gesto que transformará la naturaleza de esta pérdida a los ojos y en el corazón del afligido.

Es una de las cosas de menos importancia dentro de las que el discípulo debe ser capaz de hacer. La energía, que crece en él y que es consecuencia de la respiración del alma hacia lo que lo trasciende, debe salir de él con la misma naturalidad y el mismo ardor que la respiración que hace latir su corazón, y se debe expresar por unas vías que su propia iniciativa le hará descubrir. Es una experiencia interior del discípulo que simboliza una técnica de acción. Hace tiempo, la lectura pudo ser una preparación, pero de lo que yo

hablo trasciende las palabras escritas; mejor aún, el discípulo que trabaja desconoce los libros. El alma que tiene buena disposición y se encuentra en armonía con el Maestro olvida los libros y a los profesores y cree en su propia crítica y su propia expresión. Da gritos de alegría cuando proyecta su fuego en el neófito y cuando crece en su propia tuerza. El discípulo actúa bajo la energía irresistible de toda su constitución. Es el genio de la consciencia que es visión perfecta.

El discípulo debe tener este poder en la vida de los demás. Debe poseer numerosas aptitudes, un conocimiento especial o una fuerza distinta, que los hombres menos avanzados necesitan y aceptarán de él con agradecimiento. Esto nos lleva a la idea central de nuestra meta: el ocultista debe quedarse fuera de la masa de los hombres y debe servir para algo. Los ocultistas académicos han proliferado durante medio siglo, mientras que el ocultista práctico es relativamente raro: los que tienen algo que ver con él o lo consideran un fanático o un fenómeno. Entre los mismos ocultistas, pasa a menudo como un innovador o como un revolucionario. Aun así, la búsqueda de lo sensacional le es completamente extraña, es el sello de un espíritu mezquino que no tiene el discípulo. No hay nada más bello ni tan trascendente en la naturaleza como el Espíritu Santo, que inspira al hombre y lo atrae sin que él sepa donde. Por eso es por lo que no espera nada de la opinión de los hombres ni la tiene en cuenta, sino que habla con la naturalidad del Hijo del Hombre.

Si continúa su desarrollo según la tradición, o sea, según una disciplina cuidadosa y dura, si puede afirmarse durante un periodo determinado con comprensión y tuerza, su influencia sobre la vida de los demás le será concomitante. Todo intento voluntario para obligar a conseguir este fin es inútil. Es una obsesión divina que se hace transparente de forma espontánea cuando ha franqueado ciertas fronteras, ignorando cuándo y cómo la ha adquirido. Es una facultad, una fuerza organizada, segura de sí misma, afirmada en su dirección, inconsciente de su propia influencia para la mayoría, alcanzada sólo por sus reacciones, a veces muy descuidadas.

¿Cuál es la naturaleza de estas reacciones? Ya he mencionado las que proceden del entorno inmediato del discípulo (y pienso que éstas normalmente dan más inconvenientes que beneficios, ya que proceden esencialmente de una crítica que se basa en un malentendido por parte de los que se ofenden por todo lo que pueda parecer un nuevo inicio en su vida) o de todo lo que deja presagiar un conocimiento o una influencia particular o secreta. Por esta razón es esencial la experiencia de una personalidad sana y universal. También hace falta una delicadeza grande e inmediata, para atravesar las aguas tranquilas, un conocimiento profundo de la naturaleza humana, de su profundidad y sus posibilidades para utilizarlas rápidamente contra ella misma y franquear el obstáculo con valentía, aunque se esté herido.

El discípulo es un guerrero que lleva las cicatrices del combate.

Siempre está listo para el ataque, lo cual constituye en general una actitud propicia para las dificultades en todos los ámbitos de la vida; pero, como ha hecho una incursión en un territorio desconocido y tiene que conservar todos los puntos conquistados anteriormente en previsión de algún revés, tienen que quedar demostrados todos los elementos del verdadero espíritu combativo del guerrero exigente. Se podría destacar que hay muchas personalidades diferentes y que todas no tienen esta cualidad agresiva de querer progresar. Lo admito, pero escribo según mi propia experiencia. Sólo digo lo que me

ha sido útil y no hablo de la experiencia de los demás. Que el discípulo evalúe su propia fuerza y que vea lo que le enseñe la experiencia.

Quizá prefiera mantenerse a la defensiva y de este modo salvar la cara y la reputación. En este caso no veo cómo, en tales condiciones, podrá encontrar la fuerza de los Maestros.

Puede esperar reacciones lejanas si declara que sirve de una manera determinada. La obra del discípulo, cualquiera que sea la vía elegida, debería presentar esta cualidad particular de fuerza, de competencia y de utilidad que obliga a los demás a reconocerla. Debería tener un valor al que aspirasen los demás. Las reacciones que se produzcan serán generalmente favorables. Procederán de esos medios en los que se apreciará su obra, siendo juzgada y estimada correctamente. Será una compensación segura contra las reacciones poco amistosas que procedan de su entorno inmediato.

Estoy seguro de que el discípulo que, con su trabajo, ha alcanzado este estadio sentirá en él mismo, surgiendo de su alma o de su grupo, un estímulo de la vida y de la consciencia que le permitirá gradualmente dominar el dolor y la angustia que no dejará de producirle la rápida ordenación de su karma. Si me entretengo en esta lucha contra las fuerzas de la personalidad sobre las que es difícil triunfar, es sólo porque es una realidad en la experiencia del discípulo. He comprobado en varias ocasiones que la redacción de una experiencia como ésta respondía al pie de la letra a la experiencia secreta del alma solitaria de los aspirantes. La vida, por otro lado, ha hecho todo lo posible por despojarlos de todo lo que les había concedido, excepto un corazón vivo, o les ha impedido conseguir aquello para lo que habían nacido.

Sin embargo, eran unos discípulos de los Maestros potenciales de la técnica, nobles y pacientes en la derrota y la privación. Sólo su estado de discípulo los mantenía de pie.

Pero, ¿qué resultado inestimable tiene en la vida personal el aumento rápido de estas reacciones? Nada menos que una progresión regular en la técnica del sendero. Es una verdad que creo que se puede considerar como adquirida. El discípulo sacará de estas reacciones que se presentan en cada plano de la vida una experiencia multiforme, cuyo significado será único para él, ya que estas reacciones son fruto de un incidente intenso que ha sucedido cuando recorría el sendero. Lo que le ocurre ahora guarda relación con su condición de discípulo.

La vida deja de ser un fárrago insensato de hechos fortuitos que lo llevan de acá para allá sin un signo determinado. Es un ritual del alma en el que las tonalidades del Karma buscan un marco apropiado, que la personalidad debe escuchar atentamente y al que debe responder con veneración con sus propias actividades. Algunas de estas tonalidades suscitarán la duda y la incertidumbre al ser nuevas al oído sensible; otras serán un desafío, y las habrá también que serán tranquilizantes, pero todas estarán relacionadas con la armonía básica del yo individual que se manifiesta y revela por simpatía la vida de sus semejantes. Será así porque toda experiencia debe verse ahora a partir de un plano de observación más elevado y ya no tiene derecho a producirse dentro de una indiferencia desordenada.

Comentando a un discípulo el valor de la experiencia particular, un crítico escribió una vez: “Poco importa a nuestro ser superior que un individuo tenga o no varios millones de años, o sólo treinta, de ventaja sobre otro. Del mismo modo, el primero no puede pretender estar por delante del segundo por el solo hecho de haber conocido unas

experiencias que para él son profundas. Ninguna minoría puede constituir por sí misma una autoridad en materia de experiencia “. Cuando un estudiante de ocultismo se permite escribir así en serio, sólo se puede replicar que, si tiene derecho a expresar su opinión, ésta no es de ningún modo la de un Rosacruz.

Evidentemente hay grados en la escucha y la comprensión de la verdad oculta. Algunos de nosotros sólo escuchan en parte y comprenden por encima. Y la única esperanza para este autor que criticaba el valor de la experiencia es que dedique algunos años más a escuchar la verdad para alcanzar la experiencia de su comprensión. Sólo podemos hacernos la siguiente pregunta: si no existiese una minoría de individuos que son una autoridad en la experiencia oculta, como es la Venerable Fraternidad de los Maestros, inspiradora y guía de todo estudiante verdadero de ocultismo en el mundo y esperanza de la humanidad combatiente, ¿para qué perder el tiempo en una búsqueda desesperada?.

El novicio más perfecto debe comprender que los Maestros, cuya profunda experiencia en las leyes y la técnica del ocultismo constituye el hecho más sorprendente de la existencia humana, representan precisamente a esa minoría de individuos cuya sabiduría y conocimiento autorizado no son, -justificadamente, menos dignos de crédito que la experiencia normal que permite a este crítico ganar su pan de cada día.

Por otro lado, existe una minoría más pequeña de individuos, muy conocidos por la gente como discípulos de estos Maestros, que son, sin lugar a dudas, una autoridad en lo que respecta a la experiencia del estado de discípulo y que están capacitados para hablar en función del conocimiento adquirido personalmente bajo los auspicios de estos Maestros, tanto si el estudiante está dispuesto a aceptar su palabra como si no.

Es un rasgo curioso de la naturaleza humana el hecho de que un estudiante acepte rápidamente la verdad de una experiencia procedente de una autoridad concreta y niegue y rechace la misma experiencia, presentada bajo una forma diferente, cuando procede de otra autoridad.

Esta no es la actitud del verdadero estudiante y, menos aún, la del discípulo. De hecho, el discípulo se distingue por su facultad de reconocer inmediatamente la verdad bajo cualquier forma. Sólo hay un remedio para esta falta de percepción y para estos prejuicios: una civilización en la que se escuche la verdad oculta que procede de diversas fuentes, aparentemente inconexas y contradictorias, quizá revolucionarias, y un respeto personal por los escritos sinceros de escritores que pertenecen a las distintas confesiones ocultas, aunque no se compartan.

Esta actitud es obligatoria para un discípulo. Dad de lado al que quiera aminorar el valor relativo de esta experiencia, que crece en las leyes de la vida, de la mente y del alma. Si el Maestro lo es todo para los hombres, si comprende al hombre porque tiene el conocimiento y si el discípulo debe parecerse a su Maestro, pero no puede esperar parecerse a él si le falta fuerza de carácter, fruto de un estudio profundo y una experiencia que garantizan la tutela, entonces ésta sólo beneficiará al que, siendo plenamente hombre, ha alcanzado los límites del ser personal y espera la dirección del Maestro, ya que va por delante de ella.

Capítulo VIII

Las exigencias del estado de discípulo (3)

El hombre reconocido técnicamente como discípulo del Maestro tiene en sí mismo, sin ninguna duda, la prueba indudable de su contacto con lo Cósmico o con el mundo oculto de la fuerza y utiliza los resultados que inspiran este contacto para un servicio eficaz en la vida cotidiana.

Un hombre que vive en sí mismo y para sí mismo, cualquiera que sea su conocimiento oculto académico, escapa por completo a esta definición de discípulo. Los discípulos se distinguen, entendámonos bien, por su envergadura y por su campo de actividad personal; pero el estado de discípulo implica una utilización hábil de la técnica científica con fines concretos al servicio del Maestro.

No hay ningún caso en que el discípulo actúe para su propio desarrollo o por ambición personal, cuando esta ambición tiene como objetivo el prestigio y unos beneficios en el sentido mundano del término.

Hay numerosos ámbitos en los que se puede llevar a cabo legítimamente todo tipo de ambiciones y en los que un hombre puede dar rienda suelta a la expresión completa y total de sus aptitudes; pero la condición de discípulo tiene sus propias leyes rigurosas que niegan estas formas de ambición o las hacen auxiliares de la fuerza y la eficacia que se deben utilizar en interés de la evolución general de la consciencia.

La larga prueba y la preparación decisiva inherentes a la condición de discípulo serían esfuerzos perdidos y sin significado si el discípulo, con su entrenamiento, no llegase a ser más que un servidor suplementario de la ambición, empeñado en una competición para hacerse un nombre y grabarlo en la columna de la fama un grado más alto que el de sus semejantes. Todo esto es loable y bueno; pero no tiene nada que ver con la condición de discípulo.

El discípulo no busca ni un nombre ni prestigio. A menudo, sin saberlo, es un candidato a perder su nombre y su prestigio tal y como se conciben habitualmente y se encuentra envuelto en un combate solitario en que el prejuicio y la acción adversos amenazan el suelo que pisa.

De este modo, la condición de discípulo representa la realización perfecta de un desarrollo que no hay que desear con demasiada pasión, a no ser que la naturaleza nos incline irresistiblemente en este sentido y no se hayan calculado y decidido por completo las exigencias indispensables para conseguirlo.

Ser discípulo es, fundamentalmente, demostrar una estructura de técnica mental, psíquica y espiritual basada en una organización de la personalidad y aplicada a un trabajo concreto bajo la vigilancia del Maestro. La organización de la personalidad requiere toda la atención del aspirante durante su noviciado. Considero muy importante esta base de la técnica: admito perfectamente que un hombre sirva como discípulo en una esfera concreta para la que tenga aptitudes especiales y que, como consecuencia, los que tienen poder de

decisión al respecto no puedan descuidar este material disponible; pero, al mismo tiempo, el estado real de discípulo reclama, en mi opinión, una energía poco habitual y fuerza de carácter para ejecutar su misión, unidas a una completa independencia y plena responsabilidad en el trabajo que se le confía.

Cabría preguntarse si exijo demasiado y demuestro tener una autoridad injustificada al afirmar que es indispensable esta perfección para ser un discípulo. Yo no exijo ni decido nada absoluta o arbitrariamente.

He observado minuciosamente la situación, la he analizado cuando muchos se estaban formando y presento los resultados de estas observaciones. Como ya se ha explicado, puede haber excepciones que respondan a ciertas condiciones. Estas excepciones han aparecido cuando el discípulo ha demostrado incertidumbre en diversos aspectos del carácter.

Puede que haya tenido manías, tendencias desordenadas, problemas de temperamento, debilidades evidentes desde el punto de vista del observador normal; sin embargo, la técnica se ha manifestado tan valiosa que todas las imperfecciones de naturaleza general sólo eran un obstáculo menor, eliminado en la adaptación personal del discípulo a la vida, y el Maestro ha empleado esta técnica con un resultado evidente.

No soy ni ortodoxo ni severo en mi apreciación del carácter humano, sino todo lo contrario. No disfruto con la inmoralidad, la aberración mental o la personalidad que va en contra de sí misma; pero, cuando veo un hombre que lleva a cabo una obra bella en una de estas condiciones o a pesar de ellas, mi atención se fija en su obra y no en el hombre.

Entonces, ¿es exigir demasiado desear que un aspirante, durante su formación en el estado de discípulo -en el transcurso de la cual debería modelar y disciplinar su mente, su personalidad y su carácter- dé pruebas de una loable estabilidad mental y de temperamento, así como de fuerza de carácter, con el fin de asegurarse al final un lugar entre los que han alcanzado este nivel y participar en su trabajo?.

Hoy, cuando el ocultismo, por decirlo de algún modo, hace retroceder sus antiguos límites y nos impone aquí nuevas aplicaciones de su técnica, tenemos que procurar no recurrir a interpretaciones ortodoxas y exclusivas. Una interpretación y una aplicación estrechas y exclusivas de la verdad oculta le han dado mala reputación en el pasado. Si un ocultista espera ser útil hoy, necesitará tanta orientación como aquellos a los que pretende instruir. Se ha dado a entender que entre los pensadores del mundo hay un movimiento importante hacia adelante. Ningún estudiante inteligente puede dudarlo. Pero no tienen la interpretación exclusiva como contraseña. Lo cuestionan todo en todos, incluso el ocultista. Lo que quiero exigir y determinar en relación a la posición y la autoridad del discípulo no va más allá en ningún caso de lo que estos pensadores exigirán y fijarán ellos mismo en este tema.

El discípulo tendrá que estar muy por delante de aquellos a los que se propone ayudar y, de no ser así, será justamente desacreditado. No podemos esperar conseguir la atención de los hombres que tienen una mente desarrollada, si repetimos unos tópicos, aunque sean ocultos, cuya fraseología han olvidado, aunque hayan producido un efecto durante toda su vida. Si mis sugerencias sobre el estado de discípulo parecen muy exigentes, no es porque espere que los demás las acepten y se adapten a ellas, sino que vuelvo a sentir la necesidad de esbozar, con trazos audaces, la idea que tengo del discípulo. Este esbozo podría ser mucho más suave, con tonos difusos e imprecisos, pero, como todo

lo confuso e impreciso, sería falso a mis ojos. En realidad, no hay nada suave o consolador en mi idea del discípulo. Al contrario, no tengo palabras lo suficientemente fuertes o enérgicas para describirlo perfectamente.

No digo esto para agobiar o desconcertar. Quizá esté obsesionado por la verdad de una gran idea y escriba principalmente para los que comparten mi obsesión y pueden soportar la visión de este trazado formidable que eclipsa su vida por completo y sobrellevar la concepción de una técnica cuyos millares de facetas ocupan la experiencia de numerosas encarnaciones. Una concepción de este tipo obliga siempre al alma a declararse, cualquiera que sea la aceptación que pueda tener.

Los que no la comparten suelen pensar al verla que se procura dar un golpe de efecto, sobrepasar las competencias y exagerar. Al no distinguir nada más que un aspecto de la verdad, consideran que una concepción total y equilibrada está fuera de lugar.

“La historia de la vida de Beethoven, dice uno de sus biógrafos, es un cúmulo de luchas de las que una sola fracción habría bastado para rendir y agotar a un hombre normal”. Si el lector sustituye la palabra Beethoven por la de discípulo se acercará a mi idea de la vida del discípulo. El gran hombre decía de sí mismo: “En mi música instrumental siempre tengo el Todo en el espíritu”. Ahora conocéis mi opinión sobre el objetivo del discípulo. Los hombres más destacados y los verdaderos maestros son todos hombres de este temple. Tienen en lo más profundo de su alma una inmensa comprensión de la técnica de su arte o de su ciencia. El verdadero discípulo no debe hacer excepciones en esta primera escala de valores.

Buscamos en él el alma soberana, perceptible en el centro de una técnica radiante y exigente, que observa con imparcialidad cada vía de conocimiento; buscamos un rigor de pensamiento que resista los ataques de la ignorancia y a las entidades malignas, tanto si están encarnadas como si emanan, con malos designios, de fuentes invisibles; buscamos una gran sensibilidad que pueda responder a todo lo que el hombre puede decir y hacer en el mundo de la forma, sin perder sus integridad moral.

He presentado mi interpretación de los cánones ocultos. Se puede no estar de acuerdo con la precisión de los términos, pero el hecho permanece en el texto. “Ser capaz de mantenerse de pie es tener confianza “. En esta confianza reposa la técnica rosacruz. Es verdadera, tanto en el sentido material como en el oculto; pero el significado oculto está muy lejos del significado material. Cada uno se refiere a una experiencia y a una energía concretas. Para tener confianza, ser digno de esta palabra, en el sentido material, se necesita siempre personalidad. La confianza oculta se construye sobre ella y repito, sólo se puede construir sobre ella. No podemos comunicar la confianza oculta si no tenemos esta personalidad.

La diferencia entre el verdadero ocultismo y el pseudo-ocultismo es, fundamentalmente, la misma diferencia que hay entre la personalidad y su carencia, ya que la verdadera personalidad tiene una perspicacia, gracias a la cual no podrá ser el juguete de falsos valores. Los hombres que tratamos de conocer e inspirar en este tiempo son hombres que respetarán la personalidad y, a no ser que podamos impresionarlos ante todo con una personalidad bien formada, pasarán sin detenerse. La evolución de los últimos veinte años ha obligado a los hombres a respetar la personalidad ya desecharla como nunca. La guerra mundial contribuyó con mayor eficacia que ninguna otra cosa a esto. Puso en primera línea los verdaderos valores de la vida y dio el golpe de gracia a la hipocresía y las apariencias.

Recuerdo la emoción que sentí un día cuando un hombre de negocios muy culto, cuya mujer había sido asesinada en el extranjero, me preguntó cómo podía entrar en el silencio. Es un gran momento de la vida que justifica todos estos años de esfuerzos. Éste es el tipo de hombre con el que contactaremos y sólo el discípulo puede ocuparse de él.

Tiene personalidad y confianza, en el sentido material del término; el discípulo debe tener confianza, en el sentido oculto del término, y ésta debe apoyarse en una personalidad que se haga respetar por los demás, ya que él mismo la respeta en grado sumo.

¡Cuánto destaca la personalidad de Beethoven! Llama la atención que muchos de sus escritos están animados de pasión espiritual y tienen una aplicación oculta muy profunda. El crítico destaca su falta de equilibrio y de control, el trágico caos emocional de este hombre, la oposición intransigente e irreflexiva ante las personalidades y las circunstancias, que dejó un recuerdo tan vivo y una tristeza tan amarga tras él. Él fue así y, bajo este ángulo, el discípulo no lo puede aceptar como ejemplo. Pero dice esto: “Lo único válido es un alma bella y buena que se reconoce en todo y en cuya presencia es inútil disimular. Hay que ser alguien si se quiere parecer a él. El mundo debe reconoceros, no siempre es injusto. Para mí, es un hecho sin importancia ya que persigo un fin más elevado...”.

Alguien podría preguntarse por qué hago referencia aquí a Beethoven. Lo hago no sólo porque es uno de los ejemplos más eminentes de genio sublime en el mundo del arte y porque era un discípulo inconsciente que trabajaba bajo la dirección de lo Cósmico, sino también porque se distingue como un ejemplo clásico de la grandeza de carácter sobre la que insisto. Este ejemplo no está, además, fuera de lógica: llegará el momento en que el discípulo sentirá una maravillosa afinidad con estos hombres de carácter que tienen la visión. Incluso llegaría a sugerir que no comprenderá ni dominará plenamente la técnica oculta hasta que no se haya unido, en el plano espiritual, a estos personajes, en el nivel propio de ellos, y haya participado en lo que hicieron al armonizarse con los mismos rayos de las fuerzas cósmicas que los habían animado.

El carácter exclusivo de lo oculto es la única barrera de este acceso al mundo del alma. La fuerza de esta declaración sólo tendrá significado para el discípulo que está en los niveles más elevados de su vocación. Quizá el aspirante no haya comprendido su valor y la influencia que tiene en su vida. El discípulo debe conocer e interpretar inteligentemente la fuerza de la Jerarquía Cósmica que utiliza unos seres, con unos resultados considerables, en las esferas más diversas de la evolución del mundo sin ninguna relación aparente con la nomenclatura oculta. Debe ir y venir libre y armónicamente entre el mundo de pensamiento de ellos y el suyo propio y sentir la vibración sincrónica que se crea entre los dos. No debe quedar aislado en el interior de su propio círculo de luz e ignorar o abandonar unas actividades como pueden ser el arte, la música y la literatura que resuenan por todo el universo. Son vías de expresión de los Maestros que se funden armónicamente en el Verbo creador. Son las voces de lo Divino las que tiene que escuchar, a las que tiene que responder y debe amar intensamente hasta que su vida vibre en la plenitud de la comprensión de toda la vida inspirada del hombre.

El discípulo crea su propio templo de meditación, el círculo invisible, en el interior del cual se retira voluntariamente para que su alma entre en contacto con el Maestro; pero hay que prestar atención para que estos límites no se conviertan en una barrera de hormigón que favorezca el aislamiento y el rechazo a todas las formas de expresión de la técnica que

se manifiestan a través de las almas del gran ejército de las consciencias superiores, pasadas y presentes, que actúan en la gran ruta de la evolución; estas consciencias han iluminado siempre el sendero con el esplendor de su carácter y con su genio, tan noble e impresionante que muchas veces nos preguntamos si verdaderamente eran hombres.

Si la herejía del aislamiento, ese pecado capital que asalta a cada aspirante, nos alcanza, seguimos nuestro sendero en la oscuridad y el olvido del mayor de los dones que los Maestros ofrecen a los aspirantes. Este aislamiento -que el aspirante ha creado con esfuerzo y en el que pretende permanecer, protegido de la entrada de cualquier influencia capaz de alterar su serenidad, aunque su misión sea acrecentar sus simpatías y contactos en todas las direcciones posibles- se convierte en una traba para otros progresos.

Durante los primeros años del noviciado, el aspirante tiende a vanagloriarse de la adquisición de un conocimiento nuevo y siente la fuerte tentación de darle importancia y conservarlo para él solo. He observado esta actitud en más de un nuevo Rosacruz; pero es agradable comprobar que, al progresar en los grados superiores de la enseñanza, se produce una reacción en contra de esta actitud. Inevitablemente, la fuerte vibración que está en acción en la esfera del conocimiento adquirido le hace buscar el modo de proteger esta fuerza creciente y esta influencia en beneficio de los demás. Una vez que se ha llevado a cabo este cambio de actitud, puede empezar a pensar como un discípulo. La tendencia general en la vida del discípulo actual se encamina hacia el trabajo y el esfuerzo en común. Los Maestros son cosmopolitas en pensamiento, trabajo e influencia. No hay límites para su profetismo, para su comprensión ni para su generosa compasión. El discípulo debe armonizar su mente con esta vasta y noble idea. “El Divino da; pide que deis antes de ser admitidos en su familia”.

Capítulo IX

Estructura orgánica de la técnica

Hemos examinado algunas actitudes y la disciplina que permiten al aspirante atravesar su noviciado con éxito y dar sus primeros pasos en el sendero como discípulo. Debemos observarlo ahora en su situación de discípulo que, según los términos de los textos ocultos, está en condiciones de mantenerse en pie, oír, ver y hablar.

La experiencia adquirida durante el noviciado le permite permanecer firmemente y con confianza en su propio lugar, oír la voz del alma por encima de las voces insistentes y distrayentes de la vida personal y seguirla, ver el significado y el fin de su vida a la luz de la técnica que ha desarrollado en él, y hablar con autoridad a los que buscan. Su misión como discípulo es ser el intérprete de la técnica en la vocación del discípulo. Nunca podrá considerar esta vocación con demasiada seriedad o sentirse demasiado imbuido de su responsabilidad. El noviciado perfecciona su humanidad; la cualidad de discípulo debe revelar y demostrar su sobrehumanidad. La superestructura divina sólo se puede erigir en plenas condiciones de seguridad sobre la roca de la madurez humana.

Durante el noviciado, nuestra concepción de la humanidad concierne en primer lugar a la vida mental, esta vida, en la que las diversas aptitudes han sido sistemáticamente disciplinadas, coordinadas, sometidas al control de la voluntad para dedicarse con maestría y eficacia a las actividades cotidianas. El sentido de organización y la estructura de base de la vida mental deben permitir la asunción de las responsabilidades de una visión y de un conocimiento más vastos, preservar en situaciones críticas la integridad y el buen uso del poder y las aptitudes adquiridas y evitar una ruptura, consecuencia de ataques o influencias hostiles, tanto si las producen las circunstancias como si lo hacen los hombres.

Los que han observado a los discípulos durante su formación y los han conocido personalmente pueden dejar constancia de la presencia en ellos de esta estructura fundamental de fuerza y aptitudes mentales; los que saben lo que significa verdaderamente la cualidad de discípulo conocen lo necesaria e indispensable que es esta estructura para realizar adecuadamente los deberes de su vocación.

Sobre estos cimientos contruidos durante el noviciado, toma forma la organización cuádruple de la técnica del discípulo: capacidad de mantenerse en pie, oír, ver y hablar. La sabiduría da la capacidad de mantenerse en pie; el respeto nace de oír; la prudencia viene de la mirada interior, y la integridad es necesaria para la palabra. Conviene examinar esto con un poco más de detalle.

No hace falta decir que el discípulo debe tener la sabiduría necesaria para mantenerse en pie, en el sentido oculto del término. Si hay algo, por encima de lo demás, que obliga a la admiración y la fidelidad del discípulo hacia el Maestro, es el conocimiento global y sublime de este último y la exactitud matemática con la que puede poner en práctica cada aspecto de su técnica en todas las situaciones y, sobre todo, en la enseñanza que dispensa al discípulo.

Se ha escrito mucho sobre la compasión del Maestro, pero no se trata de la emoción sentimental como algunos la han querido considerar. Esta compasión tiene su origen en su conocimiento profundo y penetrante del espíritu y del alma humanos y en la visión interior que tiene de ella. El elemento personal no destaca en las relaciones del Maestro con sus discípulos. Deberían enseñárnoslo las rigurosas leyes de la disciplina durante el entrenamiento. No lo decimos para quitarle valor a la vida afectiva, sino para hacer que destaque una verdad: que la consciencia superior y la voluntad espiritual son los canales de expresión y de utilización más importantes de la vida del Maestro y del discípulo.

Sólo a través de estos canales estrechos nos acercamos al corazón de las cosas y adquirimos el conocimiento y la visión interior verdaderos de la esfera de las causas. El contacto con esta atmósfera sutil revelará casi invariablemente, en el corazón, la flor de la compasión. El discípulo sólo tiene que penetrar profundamente en la vida del alma para sentir toda la compasión de que él es capaz. El corazón y la vida afectiva son bastante activos en la mayoría. El arte de la devoción es, en comparación, fácil de conseguir. Uno se preocupa mucho por ella en el noviciado; pero la devoción por sí misma no englobará ni manifestará nunca la técnica del estado de discípulo.

En este estadio la sabiduría debe ser para el discípulo la ayuda más importante; por sabiduría quiero dar a entender el saber esencial que procede de un estudio específico de la ciencia del alma. El discípulo debe tener conocimiento y ser capaz de ponerlo en práctica. Debe conocer perfectamente los principios de la adaptación técnica a los problemas infinitos del desarrollo a que se enfrentará y que reclamarán su ayuda durante su vida de servicio. Nunca se alegrará de mirar hacia atrás y observar la distancia que ha recorrido ni se enorgullecerá de ningún progreso realizado en su estado precedente de ignorancia relativa; sino que siempre recordará, grabada en su consciencia, la imagen de la consciencia del Maestro, de una competencia perfecta y lleno de recursos extraordinarios, la comprensión compasiva y la capacidad de asistencia que el Maestro ya le ha dispensado. Tratará por todos los medios posibles de aumentar los principios de conocimiento que le han sido revelados y gracias a los cuales su técnica podrá alcanzar la perfección.

Durante esta progresión regular de la técnica, adquirirá la aptitud de oír la verdad, en el sentido oculto del término. La impersonalidad tiene aquí una importancia de primer orden. Este tema se ha estudiado en un libro anterior y ahora se aborda desde un ángulo distinto. El saber diversificado, obligatorio para el discípulo, debe adquirirse en fuentes auténticas, tradicionales, cuyo valor y utilidad estén reconocidos. Sin negar los descubrimientos modernos, pero comprobando su valor en su propia vida, erigirá su saber sobre la teoría y la práctica demostradas del Rosacruzismo y de las demás autoridades que han resistido a la prueba del tiempo y que están destinadas a iluminar todos los reinos del conocimiento del futuro. Estas revelaciones de la ciencia demostrarán el gran poder de transformación de su vida. Con una reflexión interior continua, se convertirán en el contenido de su alma y despertarán una veneración profunda hacia toda enseñanza que proceda de una visión fiable.

Hablo de veneración, porque todas sus posibilidades de progreso en la técnica proceden de la asimilación sincera y desinteresada de estas transcripciones de la experiencia de la iluminación confiadas por los que han recorrido el sendero y escriben para guiarlo. La veneración por la aplicación universal de la verdad, cualquiera que sea la autoridad reconocida de quien proceda, es una cualidad muy propia del discípulo: de hecho,

en su trabajo con los demás se encontrará verdaderamente enfrentado, en un momento dado, a las interpretaciones más variadas de la sabiduría oculta y no tendrá que dejar de respetar las convicciones personales que expresen, ni permanecer insensible.

La sabiduría asimilada con profundidad, la veneración que se le debe y sus distintas y singulares aplicaciones desarrollarán la visión interior en las vidas humanas y esta amplitud de saber y de visión favorecerá la prudencia en las afirmaciones y los consejos. ¡Con qué facilidad una palabra imprudente puede ser una traba o una fuente de problemas! Por esto vale la pena sufrir mucho para desarrollar una mente equilibrada y esperar con paciencia los frutos de la experiencia mediante el estudio y la reflexión para que el juicio que aportamos y el consejo que damos sean justos y sabios y garanticen una recompensa agradecida, porque hemos comprendido.

En esta materia, cae sobre el discípulo una gran responsabilidad. La asociación kármica le llevará muchos aspirantes, que buscan orientación y ayuda, y la vieja costumbre de asimilación mental, de educación personal o de traslación de la personalidad le debe permitir proyectarse generosamente en la vida de los demás y comprender sus limitaciones.

La técnica revela este poder que debe ser utilizado con un completo desinterés. Esta es la actitud que debe tener el discípulo hacia los demás: ¿qué me dice ese alma y cómo debo responderle para iluminarla?.

Lo que hay que analizar antes de dar un consejo no es sólo el punto de vista personal del discípulo ante un problema concreto, sino lo que representa este problema para otro y bajo qué ángulo se debe abordar y resolver con prudencia.

El discípulo puede parecer inconsciente al recurrir a una fase demasiado avanzada de su técnica para encontrar la solución, un grado de energía que está por encima de las posibilidades de recepción, pudiendo, del mismo modo, hablar con poca prudencia por falta de altruismo y del desapego personal adecuado. El ejercicio voluntario y atento de estas últimas cualidades agudizará inevitablemente el sentido de la visión interior en la vida del alma y llevará, en el tiempo deseado, a una comprensión instantánea e intuitiva de la situación de otra alma y de sus necesidades inmediatas. Considero este aspecto como uno de los más elevados y más inspiradores de la técnica del discípulo.

El poder de la palabra justa exige que el discípulo sea íntegro. Defino aquí la integridad de la palabra como una correspondencia plena con los conceptos de la verdad oculta que se captan intuitivamente. El discípulo posee la visión y accede a la verdad de las cosas y, a partir de aquí, surge el poder de la palabra, para ayudar a los demás. Aunque haya podido disimular antes de entrar en el sendero, quizá legítimamente, por interés personal y para evitar la crítica, el discípulo, con su técnica, hará que la verdad de la vida brille a través de él. Debe proclamar la verdad que está en él, olvidando la opinión de los demás y siendo indiferente con lo que piensen. Es la condición inherente al estado de discípulo que ha alcanzado una nueva cima y debe anunciar lo que percibe desde esta altura, aunque sólo sea para los pocos que lo necesitan y lo aprovecharán.

Apenas es necesario detenerse en este punto, ya que la técnica, bajo su forma real, da testimonio de una fuerza y un valor tales que no se pueden posponer. Desconoce la palabra brusca e intempestiva, pero la búsqueda que evoca vibra a través del espacio con resolución dinámica.

Se ríe de los enemigos y de la crítica y se alegra de las posibilidades de su propio servicio glorioso. Está satisfecha de poder inventar la palabra justa para el pensamiento del Maestro, para santificar el éter.

La sabiduría de vivir conservando la confianza, la veneración por la verdad de la ciencia, la prudencia para manifestarla y la exactitud de las palabras pronunciadas, son las bases de la cuádruple organización de la técnica del discípulo. La experiencia que beneficiará al discípulo que actúa conscientemente según los principios sanos y experimentados de su vocación le permitirá ejercer esta tolerancia y esta gravedad que tanto convienen y que son tan seductoras cuando se enfrentan a manifestaciones divergentes de la verdad que proceden de distintas fuentes de autoridad.

Si sigue el sendero rosacruz, no creo que pueda equivocarse demasiado: en primer lugar, le será familiar la historia de las grandes personalidades del pasado, filósofos y sabios, enseñantes y reformadores, todos herederos e intérpretes del Arcano Divino; por otro lado, al abordar la ciencia secreta desde los puntos de vista más variados, la mayoría con una originalidad profunda, inspirada y netamente rosacruz de carácter y creencia, se verá incitado con fuerza a adoptar una visión universal y global de todas las tendencias del pensamiento moderno, de la ciencia y de la técnica que se dirigen hacia la evolución de la consciencia.

Esta amplitud de miras es característica del discípulo y lo señala de una manera especial en estos días en que los conflictos de las sectas, los filósofos y las religiones apartan a tantos hombres de la comprensión y de la iluminación de lo Cósmico. El ámbito oculto no hace excepciones al respecto con la intolerancia y la frivolidad. Las sectas ocultas luchan tan duramente por su pequeño programa de verdad como los organismos cristianos ortodoxos. El discípulo debe quedar por encima de todo esto. Debe poder oír todo, comprender todo y hablar a todos. Debe aprender a guardar silencio en presencia del que combate su don inspirado de verdad Cósmica. No se puede permitir ignorar las voces de los mensajeros. Éstas le ayudarán a comprenderse a sí mismo. No son tantas. Su objetivo debe ser permanecer con ellas en situación de igualdad, de saber y de poder.

Con la escucha paciente y la comprensión de muchas exposiciones de los espíritus superiores sólidamente establecidos, el discípulo desarrollará en su trabajo una aptitud para abordar los problemas del sendero, apoyándose en un conocimiento vasto y global. De este modo evitará la triste y descorazonadora actitud de estos maestros que no pueden dirigirse a un aspirante nada más que con una creencia específica limitada, mientras que él se dirige a menudo a ellos con una concepción mucho más universal de la verdad que la de ellos.

El discípulo no dirá que sabe lo que ignora, con el fin de ganar una reputación de conocimiento que no merece; pero es probable que, gracias a un esfuerzo personal prolongado y concienzudo, al haber aceptado todas las condiciones del noviciado, no ignore ninguno de los problemas generales del desarrollo que se le puedan presentar. Se dará cuenta de que es capaz de asegurar un trabajo y unas responsabilidades relacionados con el sendero, mucho más importantes de lo que antes hubiera creído posible.

Todo esto guarda relación con un aspecto de la propia técnica. De hecho, esto sólo es una manera de andar parado; posee, por decirlo de algún modo, una energía y una agilidad naturales y revela, empujado por la necesidad, unas reservas de saber y energía de importancia desconocida. En el caso de las facultades cuya acción se sitúa por completo en el plano mental, conocemos en líneas generales su extensión actual y sus posibilidades de

uso, sabemos aproximadamente lo que podemos hacer con ellas y lo que no. Este tipo de limitación no afecta al ejercicio de la técnica y pienso que es así porque no se produce a nivel mental, sino fundamental y directamente en el mundo de la energía oculta. Procede de una esfera de posibilidades ilimitadas.

Un discípulo que ha desarrollado esta técnica y la utiliza inteligentemente, como se ha expuesto más arriba, no se somete en su ejercicio a limitaciones más o menos arbitrarias como lo haría en el caso de las facultades puramente mentales que se llevan a cabo en los dominios de la ciencia, el arte o el conocimiento. Bajo la presión de la necesidad o la urgencia del servicio, sus vibraciones pueden extenderse y aumentar tanto, pueden ser tan inspiradas y poderosas que se sentirá verdaderamente humilde ante la respuesta que lo Cósmico le habrá enviado y, cuando haya respondido a este paso, más allá de todo lo que creía que le era posible, estará incitado, por fuerza, a trabajar con tranquilidad por hacer de esta excepción una característica normal de la técnica.

Tampoco hay límites para estas prolongaciones. De hecho, son estos aumentos de las vibraciones personales los que confieren un carácter único a la experiencia del discípulo y hacen que sea tan preciosa para los demás. El desarrollo de la energía no da sólo las cualidades necesarias para hacer frente a una emergencia: es la verdadera revelación de una sensibilidad de un nivel mucho más elevado en las vibraciones del mundo, por todas partes. Es un progreso en el conocimiento y la visión interior de un vasto dominio de contacto terrenal. La telepatía progresa también en el plano material: quiero decir que el discípulo desarrolla su receptividad a los pensamientos y en las metas de sus semejantes en el mundo entero. Será consciente de una armonización con los demás discípulos que trabajan en su mismo nivel: su pensamiento y su fuerza se fundirán con las suyas, se unirá inconscientemente con un estrato más profundo de inteligencia y de iluminación con el que llevará a cabo su obra, descubrirá que asimila inconscientemente los valores íntimos de la técnica que todos los discípulos utilizan por doquier.

¿Es que no hay en este concepto alguna alusión a la rapidez y la facilidad con que la técnica crece espontáneamente, aumenta por sí misma y llega de un modo tan sorprendente a abarcar el saber y a proyectar una influencia, tan pronto como consigue un pequeño impulso en la vida del discípulo? Es una empresa divina y clásica, accesible solamente a un alma grande capaz de conseguir todos los objetivos, hasta los menos importantes, y dedicarse a la vida del Maestro.

El campo de la sensibilidad técnica y de la armonía se extiende, hay que decirlo, desde los primeros pasos del noviciado hasta el punto actual de desarrollo orgánico e instrumental. Este campo engloba vastas posibilidades de servicio para el discípulo en la vida de los aspirantes atraídos a él por la afiliación kármica, en cuya vida él está destinado a cumplir una misión. En este trabajo tendrá la oportunidad de experimentar, por los senderos más complicados, un diagnóstico correcto de las necesidades individuales.

El diagnóstico oculto se puede comparar en los planos mental y espiritual con el del médico en el plano físico y no debería ser menos exigente. Es, ahora, un elemento especial de la técnica que, cuando se utiliza adecuadamente, da una percepción inmediata del estado de espíritu o de la verdad que se oculta tras las palabras y los escritos. Esta percepción interior es tan inmediata y penetrante que he conocido un técnico que a menudo no respondía directamente a lo que se había dicho o estaba escrito, sino a los datos ocultados involuntariamente o disimulados intencionadamente, y desvelaba con exactitud y precisión

el problema del buscador para sorpresa de éste. Por muy insólito o preocupante que pueda parecer al buscador, el técnico debe esperar que este aspecto de su ciencia se haga más pronunciado mientras hace paciente e infatigablemente sus diagnósticos a gran escala y penetra de este modo en la propia esfera del alma de aquellos con los que se pone en contacto.

El diagnóstico característico de la técnica no es el resultado de un proceso lógico ni es un proceso deliberado de razonamiento mental. El razonamiento sobre los elementos sutiles de la personalidad humana y de su conducta, sus particularidades y sus asociaciones, coincidencias y discrepancias, sus involuciones y evoluciones, que se pueden observar en muchos individuos, pueden constituir en el discípulo unas facultades subconscientes como resultado de un severo entrenamiento mental del pasado. En realidad, todo eso es una parte de este bagaje técnico preliminar; pero el elemento de diagnóstico de la técnica en su forma pura no es nada menos que una considerable sabiduría espiritual que distingue las complicaciones periódicas que se producen en la vida de los estudiantes y encuentra las soluciones correspondientes apoyándose en sucesivos testimonios, claros y luminosos, grabados en la memoria de su propia alma.

La técnica del discípulo le da acceso directo a este repertorio de conocimientos o de reminiscencias vividas y de él saca voluntariamente la confianza y la seguridad en el trabajo de su ministerio. Esta capacidad compensa todos los sufrimientos propios de la disciplina y del crecimiento que deja tras él. Ahora están olvidados en la consciencia sosegada por haber dispensado conocimiento y aliviado a los que están todavía en las angustias del noviciado o perdidos temporalmente en las tinieblas de la noche oscura, pidiendo unas palabras de sabiduría que les darían la seguridad de que su búsqueda no es desesperada, y necesitando ser guiados con comprensión para franquear el umbral de una vida más amplia.

Todo eso, y mucho más, forma parte de las primeras etapas de la técnica. El discípulo tiene al alcance de la mano el conocimiento y la técnica; pero nunca para alardear de ellos, demostrar superioridad, marcar las distancias entre él y el aspirante más humilde o imponer su opinión personal en lugar de hacer una sugerencia oportuna e inspiradora.

Hay unas negaciones peligrosas que están completamente prohibidas en el estado de discípulo. Esto no significa que el servicio del discípulo hacia los demás esté formado por tópicos anodinos e inertes. La técnica es, en su sentido más alto, positiva, viril e imperiosa. Lo que modera y ajusta toda la adaptación técnica en el medio de expresión y ejercicio es el elemento de diagnóstico desarrollado en ella. Permite al discípulo mantenerse al margen y demostrar desapego ante las dificultades de otro, para que las situaciones que se le presenten puedan aparecer bajo su verdadera luz, sin verse empañadas por su opinión personal al respecto.

No se trata aquí de su punto de vista sobre un tema, desde el nivel de evolución que ha conseguido, sino del significado de este tema en la vida y las circunstancias del que se lo ha presentado.

Es un aspecto importante y el discípulo es juzgado por el modo de tratarlo. Debe dirigir y sugerir, iluminar e inspirar, penetrar en las asociaciones y ramificaciones ocultas de un problema, descubrir la vía que permite superarlo, sin que aparezca su influencia ni la de ninguna predilección personal, limitándose a mostrar un sendero nuevo, un pensamiento

más vasto, una sabor sutil de esta bendita influencia que le ha confiado el Maestro para dispensarla eclipsándose a sí mismo.

Capítulo X

El discípulo en acción

El aspirante habrá avanzado mucho en el sendero desde su entrada en el noviciado hasta la fase de discípulo consciente esbozada en el capítulo anterior. Es un periodo que exige un estudio riguroso, un esfuerzo de concentración durante muchos años. Se me puede acusar de repetitivo al seguir insistiendo en este tema; pero el mismo tema soporta la repetición. En todas estas páginas he llevado conmigo al supuesto aspirante hasta el límite del que puede ser el verdadero estado de discípulo y esta comunión sincera entre nosotros puede precipitar y poner en marcha las facultades que han madurado en vidas pasadas y que no se han visto realizadas hasta ahora. Que concentre todos los poderes de su mente y de su alma en su tarea, enfrentado a sí mismo con una circunspección tranquila, preparado para un nuevo ciclo de revelación. Es un trabajo reservado a los que han reconocido su valor, tienen un carácter sólido y decidido, no tienen miedo a la investigación y cuentan con esta facultad de luchar contra las dificultades y afrontar un desafío.

Insisto en la voluntad victoriosa en el plano mental y espiritual: no una voluntad de hierro, sino una voluntad de acero, templada y brillante en su resplandor natural, que se dirige directamente a la meta fijada, como una flecha. Debo volver a citar al noble Beethoven, tan magníficamente impregnado del supremo espíritu de conquista. ***“El Poder, escribe, es la moral de los hombres que se mantienen al margen de los demás, y así es la mía”***. Éste no es el poder de un tirano, sin la fuerza consciente de un alma inspirada por la Consciencia Divina. Este poder, según los términos de un ritual rosacruz, es el que se ofrece al verdadero iniciado: “Sólo Dios será vuestra inspiración, los filósofos serán vuestros iguales. La inteligencia más alta deseará obedecer vuestros deseos; los demonios no se atreverán a acercarse donde vosotros estéis; vuestra voz les hará temblar en las profundidades del abismo”.

Recomiendo religiosamente al discípulo este ideal.

El discípulo en su ministerio será en poco tiempo capaz de dejar constancia de los problemas y los sufrimientos humanos complejos e infinitos para los que ni hay respuesta ni esperanza de curación en el mundo profano. Se repiten cotidianamente en una sucesión casi monótona y seguirán ejerciendo la misma tiranía cruel y proyectando en el alma la misma imagen de desesperanza en el trabajo, a no ser que el karma del conocimiento reemplace al de la ignorancia o del materialismo.

Que ningún aspirante imagine, al cualificarse para el estado de discípulo y al alzarse a una concepción más vasta de la vida, que estas cosas dejarán de molestarlo. No es así: la condición de discípulo lo hará consciente con mayor agudeza que nunca de la cruz que pesa sobre la humanidad. A pesar de su grado y evolución, no puede escapar. Comprenderá la vida, cómo adaptarse a ella y vivirla científicamente y con sabiduría y cosechará la alegría espiritual de su trabajo; pero nunca podrá descansar en la paz y la tranquilidad, ya que las voces del alma del mundo llamarán a su oreja sensible con una emoción cien veces mayor

que antes de su noviciado y la compasión activa de su alma le obligará a arrojarse en medio de los que han respondido a su llamada sólo para que participe en su servicio sagrado.

Pero el trabajo deliberado realizado durante el noviciado hasta entrar en el sendero del discípulo, con la revelación consiguiente del organismo de la técnica en el interior del hombre, no es nada menos que la proyección en el mundo del Maestro de una oración muda y que resuena sin cesar para vivir según las leyes y los principios de este mundo. Y, cuando puede aplicarse la técnica, tal como se ha descrito, el discípulo tiene la prueba más segura de que su plegaria ha sido escuchada y atendida.

“Cuando el discípulo está preparado para aprender, entonces es aceptado, reconocido y admitido. Debe ser así porque ha encendido su lámpara y no puede ser disimulada “. Es allí precisamente donde se encuentra ahora el discípulo. Su organismo técnico actual es la lámpara que ha encendido gracias a la aventura audaz de su voluntad dinámica.

Su resplandor brilla en presencia del Maestro y se refleja como un rayo de conocimiento para iluminar las tinieblas del mundo. Es el desenlace al que le han conducido todos los pasados acumulados. Ha encendido la luz del alma y su misión es encenderla en las demás almas. Su contacto con el Maestro es seguro, existe, ignorado por el mundo, en las profundidades de su vida de aspiración y de consagración. Su aura es intensa e irradia la energía y la luminosidad del fuego de este contacto.

No puede fracasar ni disminuir este lazo silencioso de comunión, sino sólo una expansión y aumento de sus elementos vitales durante todo el tiempo en que el discípulo permanece fiel al ritual sagrado que ha grabado en sus miembros. Crecerá como una flor; pero para no marchitar. Su radiación en numerosos pétalos aumentará la gloria bajo la influencia dirigida hacia él desde el plano interior de ascensión para reforzar su vida de servicio.

Una de las numerosas paradojas de la vida del discípulo que le habrá hecho sentir con fuerza la experiencia es que, aunque su desarrollo, por la fuerza de las cosas, lo ponga en contacto con la soledad, en el sentido más profundo, no puede, a pesar de todo, trabajar aislado. Su técnica, al desarrollarse, lo aleja cada vez más de los intereses terrenos habituales de los hombres en la medida en que se ve afectada su participación personal en estos intereses; pero, esta retirada inevitable tiene como significado un avance correspondiente hacia una participación y una acción en unión con los que se sitúan en el mismo plano que él, respecto al conocimiento y la meta. La necesidad de esta cooperación se impondrá en él, según vaya aumentando su experiencia, y, si está completamente abierto a sus posibilidades, no duda en aceptarla.

Convenía destacar esto, ya que algunos se han visto obligados por las circunstancias de su desarrollo a trabajar en esa soledad, privados de la simpatía y la comprensión de los que los rodean. Al alcanzar al final algunos objetivos, han sentido que la alianza de sus fuerzas con las de los demás sólo era una cuestión de relativa indiferencia. Siento la mayor simpatía por el que se haya visto llevado a esta situación por las circunstancias de su desarrollo.

A quien pueda decir “he pisado la uva solo y no había nadie conmigo” le habla mi corazón con toda fraternidad. Es una condición del sendero y la prueba solitaria de la noche oscura no puede hacerle olvidar que existe la fraternidad; pero, una vez superada esta prueba, distinguirá, saliendo de la sombra, a los que lo han soportado y comprenden y

esperan su cooperación para realizar un trabajo importante. No debe faltar a esta llamada, sino dar su “ayuda a los pocos brazos sólidos que impiden que las fuerzas de las tinieblas obtengan una victoria completa”.

¿Pero es necesario advertirlo? Me parece que el tipo de aspirante al que me he dedicado en estas páginas no lo necesita. Para él, como para mí, el sendero, sus responsabilidades y deberes, son la vida misma y sólo la muerte puede aplazar estas responsabilidades y el cumplimiento de estos deberes. Se sorprenderá cuando la técnica empiece a actuar regularmente en él, dándole una visión interior más profunda de las almas, permitiéndole interpretar la vida de los discípulos, sus compañeros, que necesitan su cooperación, y se sorprenderá mucho más de lo que podía imaginar al observar hasta qué punto el largo periplo de su prueba y su disciplina ha sido parecido al de ellos. Es la base de la naturaleza común que existe en ellos.

Han estado solos, han deseado solos, luchado solos en este combate secreto, hasta que la luz del alma brilla en presencia del Maestro y, reflejada en el mundo, atrae las miradas vigilantes de los demás discípulos que trabajan cada uno en el lugar que se les ha designado. Comprenderá que, por medio de toda la disciplina rigurosa de la condición de discípulo, en realidad estaba unido espiritualmente a estos hermanos de los cuatro rincones de la tierra y era miembro de una hermandad invisible de almas llenas de aspiraciones, altruistas como él, que cantan la misma letanía y entonan la misma palabra sagrada, atravesadas por la misma vibración de fuego revelador, y conocen a cada alma que penetra en los límites del templo de su servicio sagrado.

Esto no es un hecho imaginario, sino un fenómeno de elevación de la consciencia, y los nacimientos sucesivos que vive en el interior, que surgen de la espiral en el curso de su ascensión, constituyen uno de los puntos culminantes de su experiencia. Sabe que numerosos discípulos hacen simultáneamente los mismo esfuerzos que él y esta situación, parecida a su aislamiento individual, dirigida hacia un nivel común de asociación espiritual, le aporta un nuevo flujo de fuerza, coraje y decisión. Cualesquiera que sean las condiciones de soledad en las que pueda vivir y trabajar, la ilusión del aislamiento no lo cubre con su sombra.

Ahora podrá ver que muchos obstáculos que lo han retenido y forzado a avanzar eran más ilusiones que realidades.

Se ha dicho que las leyes y los principios que el discípulo aprende a observar ya utilizar emanan de técnicos perfectos que actúan en el dominio supraconsciente y que estos técnicos forman diversas secciones o grupos de la Gran Logia Blanca. Cualquiera que observe ahora las tendencias del pensamiento moderno de la evolución no puede dejar de señalar un hecho sorprendente: esta idea que progresa se expresa de una manera cada vez más perceptible y poderosa bajo una forma cooperativa y comunitaria. Se observa en todos los dominios la fusión de los individuos, la consolidación de las fuerzas, la concentración del conocimiento por medio de canales organizados con el fin de obtener unos resultados más rápidos y poderosos, teniendo sólo como fin último una vida más vasta y expresiva de la unidad individual; pero no por sí misma.

No hago alusión a la masa de seres que componen la humanidad media, que sólo se preocupan del presente y buscan en él su mayor satisfacción. Pienso en aquellos cuya consciencia está despierta, en los que sienten profundamente los problemas y responsabilidades de la existencia y muestran tímidamente su meta. Se les puede encontrar

en el campo de lo oculto o fuera de él, perteneciendo a todas las creencias y profesiones. Alrededor de estos hombres y mujeres, que reflejan y quieren el progreso, gravita el discípulo en su trabajo. Se buscan mutuamente.

El discípulo lo sabe; pero los demás, no. Sólo con el tiempo la fuerza de atracción de las vibraciones síncronas los reunirá en el trabajo y el servicio; pero esto sólo sucederá, o sucederá antes de lo previsto, gracias a las altas vibraciones síncronas de los discípulos que trabajan juntos.

Mi experiencia personal me permite hablar de esta verdad importante; pero se puede encontrar su confirmación en numerosos escritos de los iniciados. “Establezcamos, se ha escrito, nuestra relación con los rosacruces, los masones y otras organizaciones que se preocupan del Bien. Muchos mahatmas' han participado en ellas. Y cuando recordamos los principios altruistas que fueron el origen de la fundación de estas organizaciones, no las rechazamos. Cuando tienen unos móviles sinceros, todos los trabajadores se deben unir para el bien general. Sobre todo cuando la consciencia está desarrollada y no está dormida”. Es una llamada directa y un ruego a los técnicos de las escuelas de ocultismo para la fusión de las fuerzas, la participación común en el conocimiento y la experiencia, la victoria sobre las tendencias personales y las diferencias mentales y emocionales. Es una llamada a la unión en la concentración ya la proyección de la fuerza esotérica, a toda aptitud que la revelación ha activado en los canales de expresión adecuados para alcanzar y atraer a los espíritus progresistas de nuestra época.

A pesar de lo oscuro e ideal que pueda parecer en principio, no hay nada más práctico ni seguro para conseguir una respuesta que las fuerzas unidas del estado de discípulo. Con todo lo subjetivas que sean en su técnica y sus métodos de aplicación poco habituales, las fuerzas esotéricas fusionadas e iluminadas tienen un poder irresistible y son responsables, bajo la dirección de los Maestros, de la progresión magistral de la mente hacia la concepción de una nueva vida en este ciclo excepcional.

Este es un aspecto de la necesidad que tiene el discípulo de trabajar en colaboración. Esto indica que tiene una obligación particular hacia los pensadores que progresan, que no están en realidad en el interior del campo del pensamiento oculto, aunque se acercan a él; pero se dará cuenta de que, si estos pensadores han de estar inclinados a aceptar el pensamiento y la experimentación ocultos, deben recibir también del peso de las pruebas de la verdad, la indiscutible técnica de los que proclaman este pensamiento y el ejemplo del trabajo práctico que llevan a cabo. El discípulo que trabaja solo no estará en condiciones de hacerlo. Sin ninguna duda será eficaz donde se encuentre y dentro de una esfera muy limitada; pero la manifestación de las pruebas de la verdad y su demostración deben emanar de las fuerzas de cooperación poderosas e irresistibles del estado de discípulo.

En nuestros días, el hombre de progreso tiene unos conocimientos muy vastos, está dotado de prestigio personal y, a todas luces, demuestra un dogmatismo egocéntrico y una suficiencia tales que es completamente incapaz de cambiar o abrirse bajo la influencia de una prueba aislada. Tiene tan arraigada esta convicción personal que sólo puede admitir la influencia de un conocimiento y unas fuerzas unidas que emanan de la estera en la que cooperan los discípulos. Si nos referimos a los ciclos precedentes de actividades rosacruces, esta noción de cooperación es a todas luces evidente.

Los iniciados, en épocas diferentes, trabajaban juntos, en el mayor de los secretos, en todas las partes del mundo y, cualquiera que fuera el trabajo concreto que cada uno

realizaba en favor de la humanidad, llevaba la marca, la fuerza, las características y el sello inmortal de la acción unida de la fraternidad a la que pertenecía. Algunos de ellos trabajaban en las condiciones más difíciles y en unas circunstancias en las que el peligro era inminente: corrían el riesgo de que los detuviesen las autoridades eclesiásticas y civiles como charlatanes que representaban una amenaza para la sociedad. Todavía quedan vestigios de estos peligros aunque, a decir verdad, no es por parte de la Iglesia o el Estado, sino de algunos sectores de la sociedad que parecen ser la verdadera encarnación de la mentalidad que animaba a estas autoridades en el pasado.

En aquella época, como en nuestro tiempo, los iniciados habrían sucumbido ante estas tendencias malvadas que velan sin cesar por poner trabas al progreso del hombre hacia la libertad espiritual, si no hubieran estado estrechamente unidos a sus compañeros en más de una ocasión, sostenidos e inspirados por el contacto psíquico y la unión espiritual, si no hubieran vivido y trabajado, por decirlo de algún modo, de manera invisible, y vertido los sublimes tesoros de su pensamiento en la corriente del saber general, para que los captasen y utilizasen dignamente los pocos pensadores de vanguardia de la época; pero quedando la mayoría ocultos, incluso a pleno día, para los que vendrán detrás de ellos. La historia se repite ahora como entonces, pero en cada período nuevo se realiza una nueva espiral y estas fuerzas del mal han disminuido sensiblemente, al menos en lo que respecta a los ataques físicos.

Los grupos culturales de todo tipo que ve a su alrededor deben ser para el discípulo una incitación visible y poderosa en este ciclo para estar atento a la llamada que le pide un esfuerzo de cooperación; pero un motivo mayor, de suprema importancia para él, es que todas las secciones de la Fraternidad de los Maestros, a la que ha prestado juramento de fidelidad, son cuerpos constituidos. No hay tradición antigua tan celosamente guardada como la que contiene las leyes y los principios, las reglas y procedimientos de la única Gran Logia. El discípulo debe respetar esta tradición que tiene una seriedad y sabiduría imponentes, porque remonta sus orígenes a esos antecesores del pasado remoto que mantienen, en una comprensión colectiva y con una responsabilidad impenetrable, el vasto conocimiento de la evolución humana.

Como es arriba es abajo. Los Maestros harán de la idea de asociación un factor activo de la vida del discípulo si éste considera la tradición como un organismo vivo de luz, inspiración y poder. Los Maestros no se preocupan esencialmente por su desarrollo personal, por su solo beneficio, sino por los centros de fuerza esotérica que parecen unidades eficaces y que trabajan en perfecta armonía.

Estos centros, compuestos por técnicos de lo oculto con experiencia, son el secreto de la realización en todas las fraternidades ocultas del pasado. Esta ley de acción colectiva sigue siendo válida en el plano elevado de la actividad -jerárquica, en el plano intermedio de los Maestros e iniciados y entre los discípulos comprometidos en la acción en el plano físico. Gracias a esta estrecha relación mutua y a esta fusión de los centros de energía esotérica la Fraternidad de los Maestros ejerce su inmensa influencia y ofrece al discípulo que está preparado una ocasión única para cualificarse para un servicio superior.

Capítulo XI

La prueba de fuego

Las etapas del sendero y las condiciones necesarias para acceder al estado de discípulo han quedado ya descritas con bastante detalle en muchos manuales, que son tan parecidos entre sí que da la impresión de que son unos copia de otros. Las condiciones necesarias se resumen normalmente en las cualidades cardinales tan conocidas de carácter mental y moral; aunque estas cualidades sean, sin lugar a dudas, necesarias y deban considerarse como los principios fundamentales del estado de discípulo, dan, a pesar de todo, la impresión de una estructura formalista desprovista del contenido vivo de la experiencia individual.

¿Por qué es así? Podemos pensar que no es porque los compiladores de las obras que tratan el estado de discípulo no tengan esa experiencia, a no ser que se hayan limitado ser unos simples copistas. Si escriben con conocimiento de causa, deben tener la experiencia y el entrenamiento técnico propios del estado de discípulo. Quizá algunos de ellos han pensado que no convenía publicar esta experiencia. Eso es comprensible, ya que la experiencia real que se produce durante la enseñanza es tan penetrante e íntima que se puede sentir recelo a comunicarla o tener la sensación de que es inútil hacerlo; o también puede ser que la naturaleza misma de la experiencia sutil, que parece más una reminiscencia fugaz que concepciones luminosas de la consciencia objetiva, puede escapar a la influencia del pensamiento y procurar no expresarse mediante el lenguaje normal.

En mi opinión, la expresión de esta experiencia individual, tan íntima en el lenguaje formal, tiene un valor muy grande para el neófito y le permitirá interpretar la revelación de la vida de su propia alma y comprender que la técnica es algo vivo y muy personal. Este es el valor concreto que he mantenido en mi mente desde el principio al fin de este libro que trata de la técnica.

He expuesto sin reservas y con convicción profunda el significado que tiene este desarrollo para mí. No he tratado de despreciar el valor de las obras originales o de las opiniones de los demás. He tenido que exponer mi propia concepción intelectual y espiritual de la verdad de este desarrollo, tal y como la he experimentado en mi propia vida. Y he descubierto, mediante las reacciones de los lectores, que es un verdadero modo de servir, muy necesario y reconocido.

Nadie valora más que yo la enseñanza y el método tradicionales. Es el punto más importante que tenemos que recordar cuando nos asalten cambios de todo tipo, que amenazan la dignidad y la estabilidad de la vida y de la acción y nos invitan a participar en esta carrera discutible para conseguir talo cual conquista material dudosa, que no satisfará más al alma que la vida disoluta del hijo pródigo. Esto no es una disgresión, ya que el aspirante tendrá que dar pruebas de discernimiento, si no quiere que la tentación de malversar sus energías en una búsqueda indigna de su objetivo original pueda manifestarse

con demasiada fuerza para él y pierda un tiempo precioso. Lo importante es que la tradición no lo deje ciego ante las necesidades del momento.

Bacon dijo: “En lo que respecta a la autoridad, demuestra una gran debilidad conceder un crédito ilimitado a unos autores concretos y negar su propio privilegio al tiempo, autor de todos los autores y, por tanto, de toda autoridad, ya que con razón se considera la verdad como la hija del tiempo, no de la autoridad. Por tanto, si los lazos de la antigüedad, la autoridad y la unanimidad han encadenado tanto el poder del hombre, no es extraño que sea incapaz de familiarizarse con las cosas mismas, como si lo hubiera golpeado la suerte”. Todavía está lejos el día en que las palabras de Bacon, que son autoridad, pierdan su valor. Fiel a la tradición rosacruz, ha escrito para todos los tiempos y sus palabras se adaptan a mi propósito. Los libros que tratan el estado de discípulo han esbozado las cualificaciones que necesita; el esqueleto necesita el cuerpo vital de la experiencia viviente del discípulo para ser útil al aspirante.

“El orden verdadero en que se tiene que desarrollar la experiencia - dice Bacon - comienza con la instalación de una luz que muestra a continuación el sendero, empezando por una corriente experimental precisa y condensada, que no se aleja del propósito ni es vaga, y de la que se deducen unos axiomas y de estos axiomas, nuevas experiencias. Dado que, al igual que en la vida ordinaria, las disposiciones de cada persona, así como los sentimientos ocultos y la pasiones, se manifiestan mejor cuando están desordenadas, del mismo modo los secretos de la naturaleza se transmiten con más facilidad cuando se les hostiga con habilidad que cuando se les deja seguir su propio curso”. Estos agudos aforismos constituyen una base para mis observaciones finales sobre el discípulo y su técnica.

Respetamos la enseñanza y el método ocultos tradicionales, porque han superado la prueba del tiempo. No hay un discípulo activo que no les esté agradecido. Tampoco puede negar su influencia en su desarrollo y su trabajo, del mismo modo que el escritor no puede repudiar la influencia de la tradición literaria del lenguaje en el que crea.

Lo bueno que tiene aquí la tradición es que se presenta al estudiante con la impronta que numerosos Maestros han grabado en ella desde su nacimiento original y espontáneo. Estos espíritus la han asimilado, preservándola al adaptarla a los distintos ciclos en los que han vivido y enseñado. Nunca se ha perdido, a pesar de la adaptación que se ha hecho de ella en cualquier ciclo; pero ha seguido sirviendo de base para la seguridad intelectual; de corrector, para la desviación individual; de guía, para el esfuerzo sincero, y sigue siendo la verdadera esperanza y la garantía del futuro descubrimiento. Nos ha enseñado los atractivos de la utilización del intelecto y ha abierto el libro del conocimiento universal para todas las generaciones sucesivas. Es el medio inicial por el que el estudiante reúne un manojo de pruebas a favor de la verdad de su ciencia.

Si la tradición hubiera estado aislada y sola, no tendría esta autoridad innegable y esta importancia o no merecería la veneración de generaciones de pensadores; pero el ocultismo está hecho de una multiplicidad de tradiciones convergentes en un solo corpus de doctrina clásica y el discípulo debe respetarlo porque tiene el imprimatur de la Gran Fraternidad.

Pero los ciclos del presente difieren en esto de los del pasado: el progreso incomparable del pensamiento obliga a visualizar los nuevos procesos ya realizar adaptaciones inesperadas del saber que se nos ha legado. Nos encontramos hoy ante la

llegada de una nueva instauración, de una importancia mucho mayor para nosotros que aquella majestuosa proclamada de modo magistral por Bacon. Las amplias bases del conocimiento y del método que ha fijado son una guía luminosa en el ciclo presente para la revelación del corazón de las cosas.

Si un hombre ha tenido alguna vez una forma perfecta de técnica, ése ha sido Bacon. “El orden verdadero en el que se tiene que desarrollar la experiencia empieza con la instalación de una luz”. Observad la aplicación de este axioma: el discípulo tiene que encender su propia luz y desvelar, por este medio, su propio tipo de experiencia que es su verdadera guía y esta luz le enseñará el camino, empezando por una base precisa y condensada de las leyes y principios de la tradición oculta que conducirá a la deducción de axiomas de desarrollo personal y, después, a la aplicación de experiencias que permiten demostrarlos.

Escribiendo con un conocimiento profundo de la naturaleza humana y de su comportamiento, Bacon decía que las disposiciones de una persona y los sentimientos y pasiones ocultos de la mente se revelan realmente bajo la presión de condiciones excepcionales. La técnica se convierte entonces en una iniciación periódica a las condiciones excepcionales de la mente. El entrenamiento del discípulo establece una influencia recíproca muy fuerte entre la personalidad y el alma y, cuando se ha establecido el alineamiento, la mente y el cerebro se convierten en el receptáculo del influjo creciente de la energía del alma. La mente recibe nuevos conocimientos desde el alma, se incita a las zonas cerebrales a responderles con la elevación de las vibraciones y aumenta sensiblemente el campo de conocimiento.

Este proceso crea la perturbación a la que alude Bacon. La vida emocional se acentúa, la vida mental se despierta a una fuerza y una apertura inesperadas y ambas juntas luchan a veces contra el alma que las ha puesto a prueba. Una parte considerable del entrenamiento técnico del discípulo consiste en hacer que este alineamiento sea estable y perfectamente meritorio en la conducta de la vida, y someter y superar estas tendencias inevitables, propias del proceso, que producen una verdadera batalla interior entre el yo personal, que ha dominado hasta aquí, y el hombre espiritual que va ganando posiciones.

La revelación de la verdadera naturaleza del discípulo es de una importancia sin igual y constituye la mayor parte del entrenamiento. Su objetivo se resume en las palabras del Maestro: “No basta con saber perfectamente lo que puede o no hacer un alumno en el momento y en las circunstancias del periodo de prueba. Se debe saber lo que puede llegar ser capaz de hacer en ocasiones distintas y de todo tipo”. ¿Cómo se puede distinguir? Por el modo en que un discípulo se comporta en sus relaciones con los demás discípulos a los que está unido kármicamente en un trabajo de grupo, por sus móviles, sus palabras y sus actos en relación con los que atraviesan su esfera de servicio oculto y por el uso egoísta o impersonal que hace del conocimiento y de la fuerza que pasan automáticamente bajo su control, debido a su consagración plena a los Maestros.

Es evidente que un discípulo que trabaja en un aislamiento relativo no puede ponerse a prueba de este modo. Sólo se le puede incitar a que se conozca a sí mismo con una investigación extremadamente minuciosa de su vida emocional y mental y esto sólo puede tener lugar dentro de un ambiente de servicio oculto activo en el que su vida tenga que manifestarse en unas circunstancias normales y excepcionales de relación y adaptación a los demás. Las palabras del Maestro son muy claras en este punto: “Lo que puede ser

capaz de hacer en ocasiones distintas y de todo tipo”. El aspirante puede pensar que sabe perfectamente lo que es o será capaz de hacer cuando se presenten las ocasiones; pero no hay confianza tan peligrosa como una nueva energía en unas manos nuevas, ya que, cuando se abra la puerta que lleva al mundo del Maestro, por muy ligeramente que se haga, producirá un flujo de energía en la personalidad y esta fuerza puede destruir con la misma facilidad con que puede construir. Puede desmoralizar a un discípulo, del mismo modo que puede añadir a su naturaleza humana una cualidad parecida a la de Cristo. Es impersonal en su acción y desciende sobre él desde el interior, como respuesta a sus reiteradas súplicas, para husmear y comprobar la fuerza y la debilidad de su constitución, indiferente al hecho de que se mantenga en pie o caiga.

El resultado está por completo en las manos del discípulo. Si su corazón y su mente están sosegados, si ha cultivado sus emociones, desarrollado sus facultades de análisis, agudizado su intuición hasta el punto de poder captar intenciones implícitas y sugerencias, la tensión de la fuerza ardiente vertida en su organismo, que acentúa estos desarrollos, no causará reacciones desfavorables porque las ocasiones que ofrece al discípulo en sus relaciones con los demás habrán sido previstas mucho tiempo atrás durante el periodo de disciplina técnica. Se mantendrá firme, como una roca, en su propio lugar, distinguiendo la posibilidad de una derrota ignominiosa oculta bajo la amable forma de una tentación insidiosa, que se alza bruscamente ante él como un ángel compasivo que lo invita, en nombre de la amistad y la simpatía, a relajar por algún tiempo el aspecto severo de rectitud moral y la impersonalidad inoportuna e incluso a olvidar su humanidad corriente. El fuego descenderá y estimulará la ambición latente hasta un grado asombroso.

El único sendero que lleva al Maestro se prolongará al doble, y seguramente conducirá a la fama de aquí abajo ya las explotaciones materiales que llevan a otros placeres mundanos y, si el discípulo no ha tomado todavía definitivamente su decisión, se retrasará bastante hasta que surja, clara y dominante, la llamada del alma, por encima de las voces seductoras del deseo personal. Una vez más el fuego descendente, maravilloso y clarificador en su movimiento, investirá la personalidad con una parte de su propio magnetismo impresionante y mostrará al discípulo las vías y los medios, imprevistos e intrigantes, con los que explotar a los pequeños, que son débiles y no tiene recursos ante su influencia dominadora. El discípulo no debe utilizarlo nunca así, ya que no conocería mayor infierno ni caída más rápida.

En la historia del estado de discípulo no dejan de figurar también derrotas. Algunas veces se ha buscado la fortaleza en nombre del Maestro y para su servicio; pero la prueba ha resultado demasiado fuerte para un mecanismo defectuoso y el discípulo ha caído en la trampa de su propia debilidad ante el pórtico de la iniciación. Puede ser la vanidad la tentadora, puede tratarse del placer sexual, del orgullo intelectual o de otras debilidades claras que surgen y reaparecen con la prueba de fuego y para las que el Maestro, en su compasión, no puede encontrar excusas.

Por muy extendidas que estén estas debilidades por el mundo de los hombres, algunas de ellas, al ver cómo se desarrolla su influencia en el modo de vida habitual, aparecen en el discípulo como desviaciones miserables que desfiguran y echan a perder la totalidad del objeto de su ministerio. Puede pensar de un modo distinto por el velo de ilusión que pone sobre él la forma de la tentación. Puede parecer que las circunstancias del entorno lo han guiado aquí legítima e invariablemente, el modo en que se presenta puede

cambiar los aspectos deletéreos hasta el punto de que el resultado sea confuso en el corazón del discípulo y triunfe el precepto personal. Sin embargo, la prueba existe y el noviciado propone el entrenamiento concreto con el que el corazón se conocerá a sí mismo, en un examen paciente y minucioso de los motivos, y la mente será capaz de comprender las causas y los efectos, a través de los dédalos multiformes de la técnica revelada por la experiencia juiciosa de los contactos humanos.

En mi libro anterior sobre la técnica, he dicho que no creía en la supresión de la ambición, en el sentido en que la comprenden generalmente los aspirantes: la idea de eliminar lo que es el fruto de una viva ambición pasada no me interesa. En relación con el tema que se estudiaba, mantenía esta opinión; pero en este examen de la técnica conviene mencionar otro aspecto.

Cuando el discípulo ha alcanzado con su trabajo el punto en que es reconocido y aceptado y entra en lo que he llamado el trabajo del discípulo en el seno de un grupo, deberá tomar una decisión transcendental: vivir de nuevo, para su propia ambición personal, el producto maduro de la ambición pasada que ahora tiene tanta influencia en su consciencia o renunciar a ello por la tarea más elevada e impersonal a la que lo invitan sus vínculos con el grupo. He hablado de esto, considerándolo como una de las etapas más emocionantes que se encuentran en la gradación de la técnica. y pienso que es así.

El alineamiento del alma y la personalidad no se han establecido antes de que la cultura oculta y las facultades del pasado empezasen a actuar vigorosamente en la consciencia de la mente y pidiesen enérgicamente ser reconocidas. Existen numerosos elementos entre los discípulos que dan testimonio de la exactitud de este hecho. Los dos senderos se presentan a la vista: uno, brillante y atractivo, que va del pasado al presente, mostrando lo que se ha buscado heroicamente y se ha ganado con trabajo duro en el reino de la realización mental; el otro, vagamente presentido, sin más guía que la propia luz puesta por el discípulo, lleva a una entrega o una conversión total al servicio del Maestro. El movimiento rápido de la espada de doble filo de la prueba de fuego que desciende, separa el pasado acumulado y elocuente del futuro inexplorado y virgen que promete la comprensión técnica y la utilización de la experiencia superior. El discípulo se encuentra solo a mitad de camino.

Los dos senderos están a la vista: uno ofrece poder personal y una reputación envidiable a los ojos de los hombres; el otro, la entrada desinteresada en una actividad subjetiva anónima y la dedicación de todos los poderes y todas las facultades a la actuación silenciosa de la voz divina que procede de las profundidades de la llama. Una vez más, el aspirante puede pensar, en un acceso de entusiasmo ardiente, que la elección correcta no debería acarrearle dificultades; pero el fuego del alma lo probará, a un nivel desconocido para una mente impasible y razonadora. No es lo mismo guardar tranquilamente sus poderes y sus facultades, utilizarlos libremente en su propio interés en la vía elegida, sin ningún problema ni obstáculo, que ver que estos poderes y facultades no son contestados o condenados, sino utilizados y apreciados cuando están dirigidos casi exclusivamente hacia el servicio de los demás en el trabajo terrenal.